M. RAYMOND, O.C.S.O.

UN TRAPENSE EXCLAMA:

¡ LA VIDA ES UNA DIVINA NOVELA !

(DEDICADO A LAS MUJERES)

Traducción y adaptación de la 9ª edición norteamericana, con el título original “LIFE IS A DIVINE ROMANCE!”, por **FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL.**

SEGUNDA EDICIÓN

NIHIL OBSTAT:

FR. M. ALBARIEUS WULF, O.C.S.O.

FR. M. MAURICE MALLOY, O.C.S.O.

IMPRIMI POTEST:

FR. M. GABRIEL SORTAIS, O.C.S.O.

Abad General de la Orden Cisterciense.

NIHIL OBSTAT: DR. PEDRO MORÁN,

Censor.

IMPRIMATUR: JOSÉ MARÍA

Ob. Aux y Vic. General.

IMPRESO EN ESPAÑA

1955

GRÁFICAS HALAR, Andrés de la Cuerda, 4. Madrid.

A

LA HERMANA MARÍA CLARA,

MI HERMANA ASOCIADA

Y MI COMPAÑERA

EN SERVICIO DEL AMOR

Y EN LAS ORACIONES,

GRACIAS A ELLA PUDIMOS HACER

DE NUESTRAS VIDAS,

COMO ÉL QUISO,

UNAS DIVINAS NOVELAS

¡QUIERO EL AMOR! ¡QUIERO LA VIDA!

TÚ PUEDES TENER AMBOS

I N T R O D U C C I Ó N

“Vive y aprende” era una expresión frecuente en mis tiempos, que aún hoy tiene su significado, aun cuando para la mayor parte de nosotros sea necesario invertirla y decir: “Aprende y vive”.

Esta idea llegó violentamente a mí hace algún tiempo, cuando alguien de dieciocho años se me presentó y con los ojos muy abiertos y brillantes me dijo apasionadamente: “¡Quiero el amor! ¡Quiero la vida!” En tal grito había rebeldía e intensidad de espíritu. Los labios proferían las palabras, pero el clamor procedía del corazón. Mientras miraba aquellos ojos abiertos y graves que expresaban decisión y desafío, casi desesperación, ojos suplicantes y hambrientos, ojos fascinados y que todavía fascinaban, pude advertir que lo que estaba contemplando era el alma de cada muchacha que ha vivido, vive o vivirá. ““¡Quiero el amor! ¡Quiero la vida!” es el grito universal de todas las hijas de Eva.

Viendo temblar las lágrimas en aquellos ojos casi retadores, decidí hacer saber a cada muchacha católica viviente, que posee todo el amor y toda la vida, aunque rara vez lo sabe.

Voy a intentar resumir en estas breves páginas las verdades que dije aquella joven de dieciocho años, con la esperanza de convencer a cada mujer de ocho, dieciocho u ochenta años de que ama y vive, aunque tal vez no se de cuenta por llevar una venda en los ojos. Tengo, principalmente, una verdad que quiero enseñar a todas. Esta: ¡LA VIDA ES UNA DIVINA NOVELA!

¡Aprended esta VERDAD Y VIVID! Esta es la esencia y el resumen de estas páginas. Haceros comprender primero que estáis viviendo una vida que puede convertirse en una Novela Divina. Y luego, incitaros a vivirla.

Día de Nuestra Señora Sábado 17 de febrero de 1950.

Abadía de Nuestra Señora de Getsemaní.

Convento de Trapenses. Kentucky.

LA VIDA NO ES UN LUGAR DE PASO NO SEAS COMO NONA

¡Bah! "¡La vida no es más que un lugar de paso!"

¡Cuántas veces habéis oído estas palabras! ¡Cuántas veces las habréis dejado escapar vosotras mismas! Con inmensa amargura brotan en los labios y salen al exterior antes que nos demos cuenta. ¡Pero son una mentira!

La vida no es un "lugar de paso". La vida no puede ser un "lugar de paso" sino pensamos en lo que significa. El ritmo de los tiempos está al margen de cualquier pensamiento real. Y el paso de los actuales está marcado por este signo: que cada mente está activa siempre, pero nunca ocupada realmente. Por ello es por lo que con tanta frecuencia escucháis esa mentira de que la vida es un "lugar de paso".

Todos podemos ser reos de la misma mentira. O peor aún: podemos convertir la vida en un auténtico "lugar de paso" si somos tan frívolos como Nona.

Nona es una chica moderna, una de esas creaciones de Hutchinson. Vive y piensa como otras tantas muchachas tan modernas como ella…, muy de prisa y superficialmente. Hay días en los que Nona está muy indignada con la vida y le parece un "lugar de paso". Al mismo tiempo, cuando todas las cosas le parecen absurdas, Nona oye una palabra nueva, la palabra "pecio" y se obsesiona con ella. No sabe lo que significa exactamente, pero quiera decir esto o lo otro, lo cierto es que la intriga. Haga lo que haga, piense lo que piense, escucha el débil eco de la palabra "pecio". Rabiosa más que otra cosa, toma el diccionario decidida a encontrar lo que el obsesionante vocablo significa. Busca en la página y encuentra esta explicación: "Pedazo de la nave que ha naufragado; restos del naufragio que flotan sobre el mar; maderos a la deriva; personas o cosas arrastradas por la corriente…"

Nona reflexiona largo rato frente al diccionario y, al fin, toma su pluma, tacha la palabra "pecio" y en su lugar escribe NONA… Ello equivale a

afirmar que Nona es “un madero a la deriva en el Mar de la Vida; un objeto fluctuante sobre las aguas del mundo; un juguete para el flujo y el reflujo de las mareas; un algo a merced del primero a quien se le brinde ocasión de recogerlo”.

¡Qué concepto de la vida! ¡Qué concepto de sí misma! De él se deduce que Nona ni sabe lo que es, ni por qué lo es, ni a dónde va. Casi es comprensible que una persona en esas condiciones afirme que la vida es un “lugar de paso”, ya que ignora por completo lo que es la vida.

Lo más lamentable de todo es que hay muchas Nonas. Hay muchos “pecios” y muchas echazones en el Mar de la Vida. Millares de almas arrastradas por la corriente, ignorantes de dónde vienen, adónde y por qué van. Y todo porque nunca han comprendido esta verdad que les suena más extraña que cualquier ficción y que es absolutamente cierta: que la vida es una novela.

Nona es un personaje de un libro. En realidad no vive, aunque está muy segura de vivir. Tú mi buena lectora católica, estás viviendo y debes evitar ser como Nona. Debes evitar el tachar de cualquier diccionario la palabra “pecio” y sustituirla por tu nombre. Debes evitar el tener que decir esa mentira de que la vida es un “lugar de paso”. Yo te aseguro que la conmovedora verdad es la de que la vida es una divina novela, de la cual tú puedes llegar a ser la protagonista. Y la historia de tu vida, si sabes vivir rectamente, podrá terminar con las alegres frases de los bellos cuentos: “Y en adelante vivieron felices”.

Ese “vivieron” se refiere a TI y a tu divino Amante. Y en ese “en adelante” significará LA ETERNIDAD.

LA VIDA ES EL REGALO DE UN AMANTE.

EMPIEZA UNA DIVINA NOVELA

Sin duda estarás diciéndote a ti misma que tendré que acumular muchas pruebas antes de convencerte de que la vida es una novela, pues frente a los tremendos hechos irritantes y angustiosos originados por nuestra civilización moderna, frente a los quebraderos de cabeza e

inquietudes que traen los años, frente a los feroces momentos de sufrimiento, tristeza, enfermedad y muerte, la vida parece cualquier cosa menos una novela.

Lo sé. Sé todo esto, y, sin embargo, insisto en lo dicho. Y si quieres pensar un poco conmigo, encontrarás pronto las pruebas que necesitas. Así pues, permíteme empezar.

¿No has hecho nunca un muñeco de nieve? ¿No era emocionante amontonar bola tras bola de nieve blanca e inmaculada y luego modelarla trazando los rasgos de los ojos y de la boca? ¿Y no era emocionante también cuando al final te sentabas para contemplar tu creación…, un monigote de nieve, con su cara ancha, redonda y reluciente?

Ahora permíteme suponer. Supongamos que hubieras podido insuflar la vida en aquel muñeco. Supongamos que hubieses hecho de aquella masa gélida un ser viviente. Supongamos que hubieses podido dotarle de ojos para ver, de cerebro para conocer, de corazón para amar. Supongamos que hubieses logrado poner un alma dentro de aquel cuerpo de nieve. ¿Qué pensaría de ti, de su creador, aquel hombre de nieve? ¿No te consideraría como el dónate de los más maravillosos regalos? Antes era una masa helada e inerte, y ahora tenía movimiento; antes era una forma sin sentimiento, conocimiento, amor y vida, y ahora tenía un alma. ¡Ahora podía ver, sentir, vivir y amar! Antes era muy poco menos que nada, y ahora era un inteligente hombre de nieve.

Sigamos adelante. Supongamos que has creado- de nieve también- un mundo entero para él; o sea, que has hecho un sol que le calienta sin derretirle; una brisa que no lo hiela; un suelo fértil en el que el grano de nieve sembrado por el hombre de nieve, germina, crece y se multiplica. Supongamos que has creado árboles de nieve que producen frutos de nieve; mares y ríos cuyas aguas corren llenas de peces, y unos bosques poblados de pájaros y animales, también formados de nieve. Supongamos que has encendido en el cielo una luna y millones de estrellas de nieve, levantando montañas inmensas y tendiendo infinitas llanuras, y todo ello para uso de tu hombre de nieve. ¿Qué podría este decir de ti, creadora y guardiana de su vida?

Por último, supongamos que te impones la misión de protegerle y proteger el mundo fabricado para él. Supongamos que ambos dependen de ti en tal forma, que solo con que los olvidaras una fracción de segundo, volverían a caer en su estado original próximo a la nada. Supongamos que la vida de tu hombre de nieve es como el sonido de las

notas de un órgano: sonará mientras tus dedos se apoyen en el teclado, pero si los levantas, su vibración se extinguirá. Supongamos, ahora que conservas tus dedos en el teclado; supongamos que siempre tienes en el pensamiento a tu criatura, y que año tras año te dedicas a conservar el maravilloso mundo creado para él. ¿No diría el hombre de nieve que su creadora le ama profundamente, que piensa en él, que trabaja para él y que le provee de cuanto necesita en todo momento? El verdadero amor da siempre, y tú le habrías dado no solo la vida, sino un mundo entero para que pueda vivir.

Tal vez nunca hayas hecho una figura de nieve. Pero seguramente, habrás tenido una muñeca a la cual acariciar, mimar, vestir, desvestir y acostar en tu cama. Supongamos entonces que hubieras podido convertirla en una niña, en una hija tuya, dotándola de carne, hueso, sangre, tendones, músculos y tejidos, a su figurilla de pasta o de cartón. Supongamos que lograste ponerle un corazón palpitante que enviara una sangre roja rica y caliente, a través de una complicada red de arterias y venas, para llevar la salud y la fuerza a cada extremo de su cuerpecito. Supongamos que hubieras podido poner dentro de su pecho de muñeca fabulosos órganos para respirar, dos órganos que, por un misterioso proceso selectivo fueran capaces de aspirar el aire, separar sus elementos y conservar el oxígeno necesario eliminando el nocivo carbono. Supongamos que has dotado a tu muñeca de un sutil laboratorio mediante el cual puede transformar el pan, la carne y los vegetales que comen sangre y músculos. Supongamos que les has dado un sistema nervioso, tan delicadamente armonizado, que ninguna línea quede "fuera de servicio" "ocupada" o "no contesta", sino que con una inefable exactitud, cada nervio aferente lleva su mensaje mientras cada nervio deferente trae el suyo. Supongamos todavía más: que has insuflado a tu muñeca un espíritu; que pudiera ver la luz a través de los ojos que antes eran solamente cristal; un espíritu susceptible de conocer, recordar, y amar; un espíritu que jamás pudiera morir, es decir: un alma inmortal. ¿Qué diría de la vida tu muñeca animada? ¿Llamaría despectivamente "un lugar de paso" a tan indecibles maravillas? ¿Podría decir que no la amabas? Para amar, como sabes hay que dar.

Basta de suposiciones y enfrentémonos con los hechos reales. ¿Qué eras tú hace cien años?... Nada. Entonces, otros hombres vivían y reían; otras niñas jugaban con sus muñecas o hacían figuras de nieve; el mundo giraba y progresaba, pero nadie pensaba en ti, ni siquiera tus padres, tus abuelos o tus bisabuelos. Pero ahora tú estás en el mundo. Ahora respiras, piensas, paseas, actúas, vives. ¿Qué haces? ¿Quién puso

el oxígeno en el aire para que puedas respirar? ¿Quién acciona tu corazón para que la sangre pueda circular? ¿Qué poder obra en ti para que los alimentos se conviertan en carne? ¿Quién te dio los brazos para que puedas abrazar a los que amas?

¿Quién los oídos para percibir las melodías del cielo, los ojos para beber toda la asombrosa prodigalidad de la hermosura de la naturaleza? ¿Quién las sensibles aletas de la nariz para captar el perfume de las rosas? ¿Quién te ha proporcionado ese sistema de nervios sensoriales tan complicado que desconcierta al pensamiento tan delicadamente armonioso que produce reverente estupor? ¿Quién te conduce en el cuenco de su mano para evitarte caer en la absoluta nada de la que te sacó? ¿Quién sino Dios? ¡Dios! ¡Dios!

Sí; basta de suposiciones y enfrentémonos con los hechos. Hace cien años eras nada. El mundo giraba y progresaba, sin embargo nadie pensaba en ti. Es decir, no te pensaba ningún hombre…. Pero Dios ya te pensaba. Él, el Omnipotente, el Infinito y Omnisciente Dios, ya te tenía en su pensamiento antes de existir el tiempo. Antes de crear el mundo, Dios Todopoderoso te amaba. Creó el sol, la luna y las estrellas soplando en el espacio porque te amaba. Alzó majestuosas montañas y escavó profundos barrancos porque te amaba. Creó los mares de perpetuo movimiento y dio espléndida vegetación a la tierra porque te amaba. Inventó los pájaros y los animales, las flores, los árboles y las hierbas porque te amaba. Dejó flotar sus galones en los cielos para que vertieran las lluvias en el estío y los encantadores copos de nieve, los cristales de la escarcha en el invierno y, porque te amaba. Todo ese asombroso mundo que disfrutas, vive y alienta nada más *porque Dios está enamorado de TI.*

Sí, esto es cierto. ¡Absolutamente cierto! Tú no puedes sacar sangre de una piedra, ni convertir una rosa en mujer dándoles vida. La vida solo viene del Ser Supremo, y el pensamiento solo de la Suprema inteligencia “El que es” fue el origen de tu existencia “El que soy- dijo- te permite ser”. Fue Dios quien te permitió vivir y es Dios que te conserva viva. Él está en cada soplo en que respiras, en cada parpadeo de tus ojos, en cada latido de tu corazón. Tu vida es como una nota del órgano y Dios es quien la pulsa… así pues, ama al dador de todo ello, conócele y aprende para siempre que si vives es porque Dios es amor. ¡La vida es un regalo de tu amante! ¡La vida no es “un lugar de paso” sino ***amor***!

EL AMOR ES CIEGO… NI SIQUIERA LLEVA VENDA PERO LOS AMADOS ESTÁN CIEGOS MUCHAS VECES

El mundo, el muy discreto, ríe y ama; pero yo supongo que el mundo sofisticado sonreirá ante nuestra primera conclusión diciendo: “Si la vida es amor, el amor seguramente es ciego.” Permítaseme decir que el mundo discreto no es tan discreto y que el mundo sofisticado no está en lo cierto. Ni el amor es ciego ni tampoco lo es el amante; pero los amados suelen estar ciegos con demasiada frecuencia. “Los árboles no le dejan ver el bosque”, ni los regalos del amante le permiten ver a este.

El amor es pródigo, pero siempre persigue algo. La infinita inteligencia no dijo: “Hágase la luz” por un designio meramente deportivo. Los Omnipotentes Dedos no hicieron una figura de barro a su imagen y semejanza dotándola luego de aliento vital por puro recreo. Júpiter, Saturno, y Urano no flotan en el espacio simplemente porque Dios ama la luz y el movimiento. ¡No! Dios trabaja con intenciones definidas. Dios sabe lo que quiere de cada planeta y de cada abeja, cada árbol y cada sub-electrón. Dios tiene un eterno propósito respecto a ti, no te ha abandonado después de crearte, sino que te “dirige” hacia Él. Como tú sabes, el amor es posesivo, anhela tener y ser tenido, y Dios está enamoradísimo de ti. Te ha creado, sí, pero te ha creado para Él. Habiéndote creado en el Tiempo, te desea para la Eternidad y para la Eternidad te tendrá aunque en el Tiempo hayas sido una creatura real.

Las llaves se han hecho para abrir las cerraduras, los relojes para medir el tiempo, las campanitas de plata para tintinear y los capullos de rosa para encenderse en la gloria de la flor. Las sombras desaparecen con la luz del día y el crepúsculo trae fatalmente la noche. Una abeja produce su miel y la luna rige las mareas. Todo ello es obra de Dios. Cada creatura tiene su destino, cada creación, su finalidad apropiada. Él es tu principio y tu fin. Por eso debes conocerle y amarle en el Tiempo y en la Eternidad.

Tu pensamiento debe encaminarse hacia la verdad y tu corazón a todo cuanto sea bello. Y lo mismo que las muñecas no te divertían en los últimos años, ni las chucherías del tiempo ni las frivolidades del corazón pueden satisfacer adecuadamente tu alma. No obstante, tu hambre puede ser saciada y tu ardorosa sed apagada, pues de lo contrario, Dios no sería Dios, sino un burlador que habría jugado un juego cruel con la humanidad. Como recordarás, el Faraón ordenó a los judíos hacer ladrillos negándoles el dinero y los medios para hacerlos. Viendo su desconcierto, se reía de ellos cruelmente. Dios sería como el Faraón y aún

peor que él, si tratando siempre de que nuestras almas se dirigieran hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero no nos permitiera conocerle y amarle, que es la Bondad, la Belleza y la Verdad por excelencia.

No; el amor no es ciego ni lleva una venda pero los amados muchas veces si están ciegos.

La vida no tiene “misterios”, ni la existencia “enigmas”. Ambas son cosas sencillas con una finalidad, un objetivo, una meta: amar. ¡La vida es amor! Se te ha dado en un acto de amor por el amor y para el amor. Empezó porque Él te amaba, continúa porque Él te ama todavía y su final será en el Eterno Amor si tú le amas. ¡Tú eres, pues, la única que no ve! ¡Quítate la venda, mira y verás como la vida es una **DIVINA NOVELA!**

QUÍTATE LA VENDA Y VE

Dos hombres estaban sentados sobre el borde meridional del gran cañón del Colorado, contemplando el hondo abismo más allá de las rocas fantásticamente talladas; unas, como mezquitas turcas con sus cúpulas y minaretes; otras, como imponentes castillos-fortalezas medievales e incontables torres y almenadas. Más lejos todavía ven otros bloques pétreos rojos, parduzcos, purpúreos, y más lejos aún, otros amarillos, grises y dorados, y abajo la cinta de sólida plata que es el río. Colorado corriendo impetuoso hacia el mar. Era un magnifico aspecto de la naturaleza, que con el martillo del viento y el cincel de la lluvia ha esculpido sorprendente siluetas en las rocas teñidas con todos los colores del arcoíris.

Uno de los hombres quebró el larguísimo silencio causado por la grandeza del espectáculo, con una voz que era un poco más que un suspiro, y dijo:

-¿No es verdad que todo esto nos hace sentirnos pequeños?

Antes de responder, el otro miró a derecha e izquierda, a lo alto y a lo bajo. Luego, contestó casi con un alarido:

-¿Pequeños?... ¿pequeños? Yo digo que no. Al contrario, todo esto me hace sentir grande, inmensamente grande-

Y enseguida, rebajando un poco el tono, añadió:

-Precisamente, estaba pensando que Dios ha trabajado durante siglos con el viento y la lluvia, el río y las rocas, para que hoy pudiésemos admirar su gloria y su grandeza escrita en este soberbio monumento de piedra.

He aquí un curioso contraste y en el que debes fijarte. Uno de los interlocutores, sin aliento, se sentía infinitamente pequeño; el otro, más sereno, se sentía grande. Uno veía en las rocas y el río un grandioso espectáculo. El otro veía a Dios. El primero tenía simplemente una visión. El segundo, "descubría".

A ti te digo, mujer: "¡Quítate la venda de los ojos, y ve! Ve a Dios en todo cuanto te rodea. Esa es la razón del mundo y lo que puede hacer que veas a Dios."

A menudo te habrás emocionado escuchando la lectura de los árboles. Por una vez, la música se funde con el espíritu y el sentido de estos versos que difícilmente podemos llamar un poema, pues son más bien la plegaria de un poeta. Tú y yo miramos al bosque y vemos la espesura de floresta, pero, Kilmer, el poeta que rezaba, veía a Dios. Escucha estos versos:

El árbol mira a Dios todo el día y alza sus frondosos brazos
para orar.

Y luego, este final humildísimo y admirable: Poemas los
pueden hacer los tontos como yo Pero solo Dios puede hacer un
árbol.

Verdaderamente, esta es la acción de gracias de un poeta. Esto es juzgar a las creaturas como Dios quiere que sean juzgadas. Esto es utilizar la creación como medio para llegar a ver al Creador. Las creaturas, créeme, son como las letras sueltas de un alfabeto. Júntalas y verás cómo forman para ti la palabra DIOS.

José María Punklett fue otro poeta que supo arrancar la venda de los ojos. Y mira lo que vio:

Veo su sangre en la rosa

y en las estrellas la gloria de sus ojos.

Su cuerpo resplandece en medio de las nieves eternas Sus
lágrimas caen desde los cielos.

Veo su rostro en cada flor; Truenos y cánticos de pájaros

Resuenan en su voz. Y esculpidos por su poder Las rocas son sus palabras escritas.

Todas las veredas han sido holladas por su pie,

su fuerte corazón late en cada embate de los mares, su corona se ha tejido con todas las espinas

y cada árbol es su Cruz.

¡Oh sí! ¡Debes ver como vieron estos hombres! Ver a Dios, Tu Amante, en todas partes y en todas las cosas que viven en torno tuyo. "Dios es lo Evidente invisible". No seas como tantos ciegos. ¡Quítate la venda y mira! En el amanecer y en el crepúsculo, las gentes ven un cielo bellísimo: tú debes ver a tu hermoso Dios. En el Océano, el mundo ve una inmensa extensión de agua: tú debes ver la Inmensidad de tu Dios amoroso. En las montañas, la Humanidad ve solo las altas cimas en las que puede esconderse el oro: tú debes ver la Eternidad de tu Dios Invariable. En la noche, los hombres ven la paz del firmamento tachonado de estrellas: tú debes ver la Santidad de Dios en la quietud celeste y Su Grandeza Infinita en el orden de las miríadas de astros. En el copo de nieve, los demás ven agua congelada: tú debes ver el Poder de tu Dios machacándola en su yunque del éter y admirar la perfección de Sus dedos en cada cristalito de escarcha. En cada gota de lluvia, en el que los otros ven un indicio de humedad: tú debes ver la Omnipotencia de tu Amante que ha puesto en ella la fecundidad y la vida. Sí, tú Dios es lo Evidente Invisible, y por ello has de abrir mucho los ojos para verle. ¡Mira, pero no como el mundo quiera que mires, sino como tu Dios quiere que mires y podrás verle!

¡Dios es tan práctico! Tú no puedes amar lo que no conoces y Dios quiere que le ames, aunque sea como es lo "Evidente Invisible".

El microscopio, el telescopio e incluso la simple vista, te descubrirán a tu Único y Verdadero Amante que es ÉL. Dios está por su propia Voluntad en todo cuanto te rodea: en el cielo, en el mar, en la tierra, en las hierbas, las flores y las frutas. En cualquier sitio y en cualquier objeto en el que fijes la mirada verás a Dios. Y Él es tan hermoso, tan bueno, tan poderoso, tan adorable, que tú no puedes ayudarle más que haciendo lo que desea que hagas; es decir, rezándole, reverenciándole y sirviéndole, con lo cual salvarás tu alma. Basta con que le ames en el Tiempo para que Él te recompense en la Eternidad. El designio de todas las criaturas es mostrarte al Creador. Y la finalidad de la vida: **amar.**

ES MENTIRA QUE “LA VIDA NO VALE NADA” VIVIENDO SE PUEDE GANAR UNA ETERNIDAD DE AMOR

A pesar del hecho, de que todo cuanto llevo dicho es patente para cualquiera que realmente piense, hay quienes aseguran que “la vida no vale nada”.

Hace algunos años, recorté una pequeña noticia en un periódico. Era breve y lacónica, pero ¡qué tragedia envolvía! Se trataba de un telegrama de la Asociated Press, que decía:

“Los cuerpos de la señora Wilcox, de treinta y cuatro años, y de su hija de veintiún meses, han sido encontrados hoy sobre la playa del lago Ontario.” Una nota escrita por la mujer decía: “Me llevo a mi hija conmigo. Las habladurías de esta ciudad me han matado, y para Carolina Mae no vale la pena vivir”

¡Qué tragedia! Piensa bien en ella. Una mujer de treinta y cuatro años, esposa y madre, que no sabe todavía que la vida vale mucho. Y su hija, la pobre Carolina Mae, que porque su madre pensaba que la vida no valía nada, se vio a los veintiún meses privada de la posibilidad de vivir una divina novela.

Si hubieses conocido a la señora Wilcox antes de tomar su fatal decisión, ¿qué le habrías dicho? ¿No habrías gritado?: ¡“No, no! La vida no es “un lugar de paso”. ¡La vida es amor! Carolina Mae tiene mucho que vivir. Tiene una Eternidad de amor para vivir. Dios la ama, Dios la desea. Dios ha planeado una estupenda novela para ella. Conforme a sus planes. Su vida será una historia de amor. Dios la creó por amor y por amor la hace vivir. Todo este mundo que nos rodea, Dios lo concibió para que Carolina Mae pueda conocerle y amarle y servirle. Tu hija debe vivir de acuerdo con este alto designio y si lo hace tendrá la recompensa del Amor por los siglos de los siglos. Estos son los proyectos de Dios acerca de su hijita. ¿Cómo no ves que la vida vale mucho? ¿Cómo no adivinas que la vida puede significar nada menos que la ganancia de una Eternidad de amor?

¿No hubieras arrancado a la niña de los brazos de su madre gritando: “¡Oh, mi querida señora Wilcox, esta niña no es suya, sino de Dios! ¡Fíjese, en esta maravilla de su Omnipotencia! ¡Mire sus manitas y sus piececitos y su cabecita! ¡Mire sus ojos, sus orejas, su boquita y su graciosa naricilla!?... ¡Oh, señora Wilcox! Solamente Dios es capaz de crear estas cosas encantadoras.

¡Tómele el pulso! ¿Sabe lo que significa? Significa que dentro del pechito de la niña hay un corazón que late y reparte la sangre desde el dedo gordo del pie hasta la cabeza. ¡Solo Dios ha podido hacer latir ese corazoncito! Mire esas orejitas, son rosadas, nacaradas, que pueden captar los sonidos. Esos ojuelos que pueden ver, esa lengüecita que puede saborear, esas manitas que pueden tocar. ¡Solamente Dios puede hacer fuerte su fragilidad!… Señora Wilcox, además piense que ha de llegar un día en el que su hijita la conocerá y amará no como ahora lo hace, por instinto, sino por inteligencia; pues Carolina Mae, tan chiquitina, tienen un alma, un alma inmortal llena de espiritualidad. Esta alma, señora Wilcox, la hace como Dios. Dios es Espíritu, lo mismo que Carolina Mae es alma. Si Él es eterno, el alma de ella es inmortal. ¡Él es la Trinidad en la Unidad y ella tiene tres facultades en el alma! Él es infinito y los deseos del alma de su hija casi lo son también; Él es el Pasado, el Presente y Futuro y ella puede recordar el pasado, conocer el presente y proyectar para el futuro. ¡Dios es Verdad, el pensamiento de la niña busca la Verdad; Dios es Belleza, y esto es lo que desea el alma de la niña, Dios es Amor, y el alma de Carolina Mae aspira al Amor! Carolina Mae es su hija, señora Wilcox. Eso es cierto. Pero es mucho más cierto que es hija de Dios. Quizá tenga las mismas facciones y ademanes, los mismos ojos y la misma nariz que usted, pero su alma inmortal está sellada profunda e indeleblemente en la verdadera imagen de Dios. Por eso pertenece totalmente a Dios y para usted solo ha sido prestada. Pertenece exclusivamente a Dios que la ha hecho para Él."

Es demasiado tarde para que hables con Carolina Mae o con su madre, pero aún es tiempo para hablarte a ti misma. Todo eso que hubieses podido decir a la señora Wilcox sobre su hija, es igualmente verdadero para ti. Dios te ama con un amor incesante si vives conforme a sus deseos. ¡No! "La vida no es un lugar de paso". El amor no es ciego. La vida vale mucho: nada menos que una Eternidad de amor. Por todo eso insisto en que la vida es una Novela Divina…, pero que puede deshacerse.

LA NOVELA PUEDE DESHACERSE

Dios nos hizo para Sí, es cierto. Pero también es cierto que nos hizo libres. Nos trazó un plan de vida- casi un esquema de una Divina Novela- sin forzarnos a seguirlo. Si nos atenemos a ese plan, daremos ocasión a una hermosa novela; pero con los mismos materiales, los mismos escenarios y los mismos personajes, podemos dar lugar a una tragedia si

escuchamos las voces miserables, sensuales y paganas del mundo, llenas de falsedad y mentira.

Como recordarás seguramente, Lady Macbeth era una mujer de una tremenda fuerza de voluntad. De haberla empleado rectamente, podría haber sido la protagonista de una saga heroica. Podría haber llevado a su esposo a las cimas más altas de la santidad, lo mismo que le arrastró a los más odiosos crímenes. Pero lady Macbeth escuchó a los falsarios y a los embusteros. Escuchó las voces del mundo, que al susurrarle: "Sé poderosa", le abrieron el camino de la sangre. Mas, ¿para qué recurrir a Shakespeare y a las ficciones literarias? Repasa la Historia y la Sagrada escritura y en ellas encontrarás el contraste entre quienes han escuchado las voces del mundo y quienes prefirieron oír tan solo las de su alma. Fíjate bien el agudo contraste que ofrecen, por ejemplo, Cleopatra, de Egipto, y María, la Virgen de Nazaret.

Cleopatra oyó que el mundo le incitaba a ser grande, y dedicó todo su tiempo, su belleza y su talento a ese solo fin, esclavizando a los hombres más poderosos y utilizándoles como escalones para la gloria de su trono. Gozó fama de hermosa. Yo supongo que, en efecto, debió serlo. Y sé que era inteligentísima y sé también que concentró todas sus energías en su ambicioso designio, consiguiendo llegar a ser reina de Egipto.

Pero fijémonos en la Virgen de Nazaret. María escuchó sólo las voces de su alma, que repetían incesantemente: "Tú has sido creada por Dios y para Dios. Sé feliz". Y María consagró todo su tiempo y sus facultades a la oración, la reverencia y el servicio de su Hacedor. La Inmaculada Virgen de Nazaret "no conoció varón", pero ganó a Dios.

Marco Antonio fue a Cleopatra atraído por la belleza de su cuerpo, pero Dios fue a María a causa de la belleza de su alma. Cleopatra llegó a ser reina de un pequeño y efímero reino. María se convirtió en la Madre de Dios; luego, en la Madre de todos los hombres; y, finalmente, en Reina de los Cielos, un reino inmenso que jamás acabará. Al final de su vida, Cleopatra se hizo morder el pecho por un áspid, con lo que condenó su alma. Cuando murió María, fue transportada en cuerpo y alma a la Mansión de la Suprema Felicidad. ¿No es el mundo una mentira? Qué piensas de la existencia de Cleopatra: ¿fue un éxito o un colosal fracaso? ¿Calificarías su historia de novela o de tremebunda tragedia? ¿Dirías que su vida y sus amores fueron reales o ficticios? En cuanto a María Inmaculada, todas las generaciones pasadas, presentes y venideras, la veneran y la bendicen.

El mundo tiene muchas voces sugestivas con las que hace innumerables conquistas, pero para todas ellas emplea las armas del fraude y la mentira. Habla de riquezas, placeres y popularidad; ofrece fama, hermosura y poderío; alude a los “buenos tiempos”, a lo grato, lo confortable, lo seguro; brinda la libertad en el trabajo y en el goce; insinúa los medios para evitar las consecuencias de los actos humanos y frustrar los designios del Dios de la Naturaleza; insiste una y otra vez en las más odiosas mentiras. El mundo siempre dice las verdades a media o desfiguradas con la intención de arruinar tu novela, de hacer que tu alma inmortal se pierda.

¡Sé cauta y prudente! ¿Cuál es la verdadera aspiración en la vida? No lo son ni la fortuna, ni la fuerza, ni el poder, sino la felicidad. ¿Quiénes son los torpes? Quienes escuchan los mendaces susurros del mundo; quienes aman el placer considerándolo superior a la pureza; quienes pretenden hacerse gratos a los ojos de los hombres y pierden con ello la gracia de Dios; quienes piensan más en embellecer su cuerpo que en adornar su alma; quienes prefieren ser populares a ser virtuosos; quienes posponen la bondad al dinero; quienes buscan los violentos y venenosos deleites de la carne en vez de los caminos que conducen a Dios. ¡Esos son los torpes y los insensatos! Dime… ¿dónde están ahora las hermosas mujeres de hace veinte años? Eran la comidilla de la ciudad. Tenían a los hombres rendidos a sus pies. Pero la belleza se marchita y los hombres tienen mala memoria. ¿Dónde están ahora las mujeres ricas de hace unos años? La depresión económica estalló como una tormenta a la que siguieron la ruina de muchas casas y los suicidios de las que daban más importancia a su dinero que a su corazón. ¿Dónde están ahora las grandes reinas de hace solo cien años? Yacen en sus sepulcros, y los tronos desde los que dominaban se han derrumbado o están ocupados por usurpadores.

Si te asalta el ansia de poder, piensa en Isabel I de Inglaterra y en Santa Isabel reina de Hungría, en el contraste entre la que llamaron “la buena reina Bess” y la adorable santa de Dios. Durante unos cuantos breves años, ambas tuvieron su grandeza y su gloria; grandeza y gloria a las que tú ni siquiera puedes aspirar. Pero ambas tuvieron que dejarlas para compadecer ante Su Creador, que no les preguntaría: “¿Te has beneficiado con el poder, la gloria y la grandeza?”, sino: “¿Cómo has utilizado ese poder, esa gloria y esa grandeza que te di?” “¿Has vivido conforme a mis designios o has preferido prestar oídos a las voces del mundo? ¿Has escrito una Novela Divina o has arruinado la que te correspondía?”

Cuando el mundo te cante las excelencias del dinero -¡tantas veces lo hará!- piensa en Dives y recuerda a Lázaro. Uno tenía dinero con el cual podía comprarlo todo. El otro era pobre, lamentablemente pobre. El primero acabó en el infierno, mientras que el mendigo alcanzaba el cielo.

Cuando el mundo ensalce a los ricos— ¡lo hará tantas veces!—piensa en Dives, acuérdate de la parábola de Lázaro, acuérdate de San Juan Evangelista. Uno conservó sus riquezas y perdió un apostolado con Jesucristo, el otro lo dejó todo y se convirtió en el discípulo predilecto.

Cuando el mundo pondere el placer— ¡siempre lo hará!—piensa en Herodes y recuerda a Juan el Bautista. Uno poseía cuantos lujos puede ofrecer el mundo, el otro habitaba en el desierto y desconocía todos los goces de los sentidos. Pero Cristo ni siquiera habló del primero y en cambio consideraba al segundo "como el hombre más grande que ha nacido de mujer".

Cuando el mundo te hable de belleza— ¡oh, ya creo que lo hará!—piensa en cleopatra y recuerda a María Inmaculada. La reina ganó a los hombres; la Virgen ganó a Dios.

Cuando el mundo te ensalce la fama, la popularidad, el favor de los poderosos— ¡es seguro que ha de hacerlo!—piensa en Herodías y en su hija de Salomé. Ambas fueron "las primeras damas del país" mientras gobernó Herodes, y recuerda a María de Magdala, escarnecida por los escribas y los fariseos y cuyo arrepentimiento y santidad fueron amados por Jesús, el Hombre-Dios.

POR ESCUCHAR LAS VOCES MENTIROSAS

¡Sé prudente! ¡Date cuenta de los cánticos mentirosos del mundo solo pretenden arruinar tu Novela! Una de las más horribles mentiras es la que dice: "¡Pruébalo, aunque sea una sola vez!"

Hace unos veinte años hubo una catástrofe en la carretera, que como una cinta de cemento, enlaza Albany con Nueva York. En las primeras horas de una grisácea mañana de noviembre, un coche, conducido por un muchacho de veinte años al que acompañaba una chica de dieciocho, chocó contra una cerca y despidió a la muchacha a través del parabrisas, causándole la muerte.

Había sido una chica buena y bonita. Trasladada a su casa, fue amortajada de blanco, y el corazón más duro se conmovía al ver la fría belleza de su rostro serenado por la muerte. Los de la funeraria habían restaurado la rota belleza hasta el punto de que la linda joven no parecía muerta.

Pero, como frecuentemente ocurre, el conductor del coche no resultó herido de gravedad. La noche antes del entierro acudió a la capilla ardiente y contempló la muerta belleza de la que amaba. De pronto, se estremeció, balbuceó unas palabras, y dando un grito de horror, salió de la estancia. Un médico que allí se encontraba le siguió, le agarró violentamente para hacerle volver en sí diciéndole que se dominara, pero se detuvo y miró fijamente a los ojos del muchacho que gritaba: "¡Está perdida! ¡Está perdida!" No es extraño que el médico se asombrara, pues los ojos que veía eran los de un hombre que ha perdido la razón, un hombre que solo podía articular estas frases: "La he llevado yo a la muerte. La he llevado yo al infierno". Aquel muchacho, vive todavía recluido en un manicomio y repite sin cesar en voz baja: "La he llevado yo a la muerte. La he llevado yo al infierno…"

Lo ocurrido fue sencillamente que aquella noche, ambos jóvenes escucharon el consejo insidioso: "¡Pruébalo, aunque sea una sola vez!" y habían pecado. Pecaron aquella noche y la muerte sorprendió a la muchacha en pecado mortal.

¡Oh, qué ironía la de aquel velatorio! No puede sorprender que el joven se volviera loco al contemplar la belleza de la muchacha amortajada con el color de la pureza y saber que su alma estaba condenada al infierno. ¡Qué ironía en todo! La chica había muerto frente a un edificio en el que se encontraban cincuenta sacerdotes, pero la muerte llegó antes que cualquiera pudiese darle la absolución.

Esto ocurrió hace veinte años, pero indudablemente, sino tuvo tiempo de arrepentirse en los últimos momentos, llevará esos veinte años abrasándose en el infierno, y por todos los siglos de los siglos seguirá abrasándose, lo que llenará de tristeza a su Amante Dios que la había hecho con su Amor, para su Amor. Y todo, por haber escuchado la odiosa voz del mundo que decía: "¡Pruébalo, aunque sea una sola vez!"

¡Cuántos han escuchado también esta pérfida frase!: "Todo el mundo lo hace", que ha llenado al mundo de corazones rotos, de hogares deshechos, de vidas arruinadas. La frase "Todo el mundo lo hace, ha manejado una espada de dos filos como la de Herodes en la matanza de

los Inocentes, y muchas mujeres están ahora como Raquel, "añorando los hijos que no pudieron tener y no tienen". La afirmación "Todo el mundo lo hace", ha dado ocasión a que incontables muchachas sacrifiquen lo más valioso de su ser, ha robado al mundo moderno de las virtudes antiguas de amor, lealtad, honestidad, inocencia, decencia y modestia. ¡Y es una tremenda mentira! Todo el mundo **NO LO HACE**. En efecto, ninguna mujer que sepa que Dios es su Amante y su vida una Divina Novela, lo hace.

Cuando oigas decir: "Todo el mundo lo hace", piensa en reno, piensa en los manicomios oficiales y particulares, piensa en los innumerables náufragos nerviosos que pagan buenos dineros a los neurópatas psicoanalistas por haber escuchado la mentira de que "todo el mundo lo hace". Sí; lo hace todo el mundo lo bastantemente estúpido para creer que la Naturaleza puede ser frustrada, y ser burlado el Dios de la Naturaleza. ¡Oh!, sé prudente y advierte el engaño que el "todo el mundo lo hace" es un engaño del demonio.

Pero quizá la peor insinuación que el mundo pueda hacerte es la de ser "moderna". ¡No seas medieval! ¡Sé amplia de pensamiento! ¡No seas una puritana cerrada! ¡Oh, sé "humana"! Esta es toda la escala, pero la nota dominante es "sé moderna…", que realmente quiere decirte que seas estúpida y peques. Pero reflexiona y dime si hay algún pecado "moderno". El pecado nació con Adán y Eva en el paraíso, o antes, nació con Lucifer, en el alborear de la Creación. Los ángeles pecaron una vez y se convirtieron en demonios. Nuestros primeros padres pecaron una vez y la consecuencia fue la pérdida del paraíso para toda la Humanidad. ¡Qué "moderno" es el pecado!

¿En qué consiste la "amplitud de pensamiento" respecto al pecado? Todo egoísmo es estrecho y todo pecado es egoísta. ¿Puedes decirme qué hay de "humano" en esto? El hombre fue creado como animal racional y elevado a rey de la creación visible. El pecado es la servidumbre a la parte más baja de la naturaleza humana, la servidumbre a las creaturas. "Sé moderna" es otra mentira diabólica. "¡Sé moderna!…" ¡Como si los Diez Mandamientos de la Ley de Dios pudieran envejecer! ¡Como si el Dios eterno con su promesa de Eternidad pudiera quedarse anticuado! ¡Como si el Amor, el amor real, fuera algo vetusto!

Hija de Dios, debes saber que el mundo es peligroso, sucio, mortífero. Si no puedes hacer nada para purificarte, ¿por qué **LEES** lo que lees? Las páginas de los periódicos y de las revistas, los best-sellers, no son

escobas. Las historias de crímenes, divorcios, perversión, voluptuosidad y "amor libre" son sucias.

¿Por qué **VES** lo que ves? El cine, los shows, la literatura pornográfica, el desfile de la carne… ¿por qué **HABLAS** lo que hablas? Los cuentos obscenos, los chistes picantes pueden ser divertidos, pero desde luego no son limpios.

¿Por qué **BEBES** como bebes? Dios hizo el vino para regocijarse no para embriagarse. ¿Por qué BUSCAS lo que buscas? El dinero por el dinero, la fama, el favor, la popularidad, el placer por ellos mismos. ¡Con ello abusas de las criaturas de Dios! ¡Con ello prestas oídos a las voces embusteras del mundo!

¡Con ello estás arruinando por el PECADO tu Divina Novela!

POR VOLVER LA ESPALDA AL VERDADERO AMANTE

Ahora, entiéndeme bien. El dinero, la comida, la bebida, los placeres, la salud, la popularidad, la belleza, la fama y el poder son cosas buenas, pues proceden de Dios y Él sólo puede darnos cosas buenas. Pero Dios nos la da para que las usemos, no para que—como muchas veces ocurre—abusemos de ellas.

La salud es una bendición, pero yo puedo hacer de mi salud algo maldito. Si una espléndida salud me hace orgulloso y jactancioso; si mi complexión robusta me convierte en un matón; si mi cuerpo perfecto me aleja de Dios, habré transformado en algo malo el don divino de la salud. Y tú, si posees una belleza física y olvidas lo que significa, si permites que tu graciosa figura y tus armoniosas facciones te conduzcan a la vanidad, el engreimiento y el pecado, habrás transformado también en una maldición lo que era una bendición. También el placer y la popularidad son buenos. Dios me ha dado la vida y la risa y los amigos, pero para usar, no para abusar de ellos. Si las fiestas y las bebidas significan más para ti que la decencia; si con ello comprometes tus principios católicos y permites ilícitas familiaridades a tus acompañantes; si ocupar cierto rango social representa para ti más que la exteriorización de tus sentimientos religiosos, abusarás de lo que te fue otorgado solo para usarlo y volverás la espalda a tu verdadero Amante.

¡Sí; todo eso es volver deliberadamente la espalda a Dios! ¡Y cuántas menudencias obligan a muchas chicas a adoptar esa estúpida postura!

Algunas sacrifican su virtud por unas medias de seda, un abrigo de piel o por una temporada de bienestar. Otras, por la amistad de un hombre "que tiene automóvil". ¡Por una satisfacción egoísta y pasajera, algunas han entregado lo que no puede venderse ni restaurarse!

¿Por qué volver la espalda al verdadero Amante? ¿Por qué arruinar la Novela Divina? ¿Por qué ese egoísmo? ¿A cambio de qué todo ello? El pago del pecado ha sido, es y será siempre, ***la muerte***. Y el pago de un pecado mortal sin arrepentimiento, es la eterna condenación.

Despreciar a alguien que te ama, equivale a herir un corazón. Y si abusas de los dones de Dios, si pecas gravemente, no solamente hieres un corazón, sino que hieres el Sagrado Corazón de Cristo. ¡Lo hieres y lo desgarras, pues Cristo te ama profundamente!

Debes repetir con frecuencia las palabras que Luisa Imogen Guiney escribió en su poema "Des Optimo Maximo":

Todo puede "utilizarse";

pero solo con el "deseo".

Agradezcamos "lo bueno", pero sedientos de Ti

¡Hacia "lo mejor",

hacia aquello de que nadie puede cansarse,

Impúlsame Señor!

Sí, usa de los dones divinos, sin abusar de ellos. ¡No le vuelvas la espalda a tu Dios! ¡No peques!

LA NOVELA SE PUEDE REANUDAR Y TÚ PUEDES ELEVARTE CON DIOS

El pecado es algo infinito, por ser una ofensa a un Dios infinito. El pecado es algo infinito y por ello merece un castigo infinito y pone una distancia infinita entre el Amante y el amado. Pero ni tu Novela ni la mía terminan porque hayamos pecado. En estricta justicia así debía ser, pero Dios es compasivo. Se perdió el Paraíso, pero la Novela del Paraíso reconquistado es nuestra. El amor siempre encuentra un camino para esquivar el infinito abismo, un camino para unir los corazones que están infinitamente separados, un camino por el cual reparar la ofensa infinita.

El Edén fue profanado, pero los rojos arroyos de la Divina Sangre corrieron Monte Calvario abajo y la Divina novela de la Humanidad se reanudó. ¡El Paraíso puede volverse a ganar!

¡Oh, qué Amante pródigo es nuestro Dios! Tú y yo habíamos perdido todo derecho a su benevolencia. Tú y yo habíamos sido tan ciegos como la señora Wilcox. Tú y yo habíamos encenagado nuestras almas en el pecado, y nuestra Divina Novela esta tan muerta como la propia Carolina Mae el día que encontraron su cuerpo en la playa del lago Ontario. Tú y yo habíamos escuchado todas las voces insidiosas del mundo. Nos dijo: "Prueba, aunque sea una vez", y pecamos. Nos dijo: "Todos los demás lo hacen", y volvimos a pecar. Nos dijo: "¡Sed modernos, sed humanos!", y pecamos, pecamos y pecamos. Día tras día volvimos la espalda a nuestro amante. Día tras día hicimos brotar la sangre del Sagrado Corazón. Día tras día lo destrozamos con nuestra conducta y, ¿qué hizo el Corazón de Cristo? Decidido a reconquistarnos a pesar del mundo, el demonio y la carne, decidido a recuperarnos, no obstante nuestra estúpida ceguera y nuestros increíbles egoísmos, decidido a que fuésemos suyos a pesar de nuestro pecado infinito, encontró un camino sagrado y estableció los Sacramentos.

Ahora el amor si es ciego y el Amante no verá nuestras estupideces, nuestras ofensas, nuestros infinitos pecados ni todo lo que ha pasado si le decimos: "Estoy arrepentido y no lo haré otra vez." Nosotros habíamos arruinado nuestra Novela; pero Él quiere reanudarla y lo hace sencillamente. ¡Sólo Dios, solo un Dios Infinito con esa sencillez!

¡Qué Amante tan generoso es Jesucristo! Aunque su Corazón está herido y sangra es el "lebrel del Cielo". Y aunque nosotros "le huyamos noche y día a través de los arcos de los años", escondiéndonos para que no nos encuentre, Él seguirá persiguiéndonos eternamente. Aunque abandonemos el rebaño; Él seguirá siendo el Buen Pastor. Aunque erremos lejísimos, Él dará con nuestro paradero el noventa y nueve por ciento de las veces. Él es el Padre de todos los hijos pródigos y aunque dejemos el hogar, vivamos tormentosamente y despilfarremos nuestro patrimonio, seguirá buscándonos para encontrarnos al fin por mucho que retrocedamos. Y cuando nos encuentre, nos besará amorosamente, aunque estemos sucios y con el alma enferma de pecado siempre que estemos avergonzados de ello.

Pero, ¿para qué utilizar imágenes y palabras? Basta con decir que es Dios y con esto se expresa todo. Solamente un Dios infinito e

infinitamente amante pudo inventar el Tribunal de la Confesión, estableciendo a las plantas de Sus representantes ungidos un punto de reunión con sus amados dispersos, un lugar de cita de Su Omnipotencia y el alma por los pecados, sitio secreto para encontrarse Dios con sus hijos extraviados.

¡Oh, qué fácil es elevarse con Dios! ¡Qué fácil rehacer una Novela interrumpida! ¡Qué fácil restañar la sangre y curar las heridas de Su Corazón y las del nuestro! ¡Qué fácil hacer latir de nuevo al unísono Su Corazón y el nuestro, antes separados y arrítmicos!

¡Qué amante más indulgente y perdonador es Dios! Tú y yo arrancábamos de nuestros dedos el anillo de compromiso con Él y se lo arrojábamos a la cara cada vez que abusábamos de sus dones, cada vez que la pasión, el placer o el orgullo, la cólera, la envidia, la glotonería o la pereza nos corteja obstinadamente, cada vez que nuestro temperamento pecador cede a sus instancias. Pero, si a pesar de nuestros continuos desprecios, un día nos volvemos hacia Él y le pedimos perdón sinceramente, prometiéndole no reincidir, sus labios nos sonríen, enjugan nuestras lágrimas y vuelve a poner el anillo en nuestros dedos. ¿No es la vida realmente una Novela?

¿Qué amante es nuestro amado Dios? Para nuestras negaciones—peores que las de Pedro—tiene la misma amorosa mirada que cuando creó las cosas para nuestros sentidos; para nuestras traiciones—peores que las de Judas—tiene una mejilla que no rechaza nuestro beso y una boca con la que nos llamará sus amigos; para nuestros escándalos—peores que los de la Magdalena— tiene las mismas dulces palabras de perdón; para nuestra cruel crucifixión— mucho peor que la de los judíos—reza a Su padre pidiéndole que nos perdone.

Fíjate bien qué previsor es nuestro Amante. Si tuviésemos que arrodillarnos ante Él, la confesión sería una terrible tortura. ¡Qué miedo, qué bochorno y qué esfuerzo nos costaría romper a hablar! Si hiciéramos la confesión con un Ángel, sería también difícil y temible, pues, ¿qué podrían saber Miguel, Gabriel o Rafael de las flaquezas de la carne? ¿qué saben los querubines y los serafines de las pasiones o de las fascinadoras tentaciones del mundo? ¿Qué saben los ángeles y los arcángeles de las miserias del corazón humano? Pero ante ninguno de ellos debemos postrarnos.

Nuestro Amante nos ha facilitado todas las cosas al mandar que nos pongamos de hinojos ante alguien igual que nosotros, capaz de

entendernos realmente, pero diferente a nosotros, puesto que puede perdonarnos los pecados. Nos manda postrarnos ante un hombre como nosotros, pero ungido y consagrado; un hombre aparte, adiestrado como solo la Iglesia sabe hacerlo y sobre el cual la Iglesia ha colocado la experiencia de veinte siglos de conocimiento del alma humana; un ser idéntico, pero distinto a nosotros, porque está marcado con el profundo sello de Cristo; un hombre que pueda amar sin ser amante; un hombre discreto, con la mente ajena a la curiosidad, la vanidad o el recelo, con un corazón como un inmenso pozo, en el que pueden caer todos nuestros pecados, tan hondo, tan hondo, que no es posible que lo caído en sus profundidades pueda escucharse por ningún oído. Este hombre, a quien Dios ha nombrado su plenipotenciario, es quien puede devolvernos nuestro anillo de compromiso y reconciliarnos con el Amante ultrajado por nosotros.

No solamente nuestro Amante perdona y olvida, sino que incluso provee para el futuro. Por conocernos mucho mejor de lo que nosotros podemos conocernos, nos ofrece procedimientos para fortalecer nuestra debilidad, curar nuestra ceguera, afinar nuestro oído y aclarar nuestros juicios. Sabe que el mundo está otra vez lleno de voces que podemos escuchar. Conoce todas las posibilidades de que recaigamos en nuestra ceguera y volvamos a mirar a las criaturas y veamos solo a las criaturas. Nos supone lo bastantemente necios como para tirar de nuevo el anillo de compromiso… y nos da la gracia.

¡Oh, qué Amante es Dios! Cuando lo justo sería castigarnos, expulsarnos y sumirnos en un total abandono, no solo nos perdona, sino que nos da. No solo olvida el pasado, sino que mira adelante para prevenir nuestro futuro. No solo tiene cuidado del pecado, sino que se preocupa de nuestra maldad. En verdad, el Sacramento de la Penitencia es un milagro de misericordia que hace grata y amable de nuevo la existencia y facilita que tú y yo volvamos a Dios.

El padre Le Buffe, S.J. lo ha expresado justamente cuando dice:

Dios es Amor y yo soy un amante Ansioso de llegar al fondo del amor Dios es Amor y yo soy un amante La vida es un fugaz torneo de amor.

¿Qué pensaríamos de la “mujer adúltera”, si hubiese vuelto a cometer adulterio inmediatamente después de que Dios la salvara de ser lapidada?

¿Qué pensarías del “paralítico que descendió del tejado”, si tan pronto como Cristo devolvió el movimiento a sus miembros tullidos se hubiera precipitado a cometer nuevos pecados? ¿Qué pensarías de la Magdalena, si después del público perdón otorgado por Cristo en la casa de Simón, hubiese salido de ella para recomenzar su vida pecaminosa?

¿Qué pensarías de los leprosos curados por Jesús, si al momento de ver limpios sus cuerpos, volvieran a sus viejas costumbres ensuciándose otra vez con el contacto de los enfermos de la terrible enfermedad? ¿Qué pensarías de los mudos a cuyas lenguas devolviera el habla y en el momento en que pudiesen articular palabra empezaran a renegar, maldecir, blasfemar, murmurar, insultar, mentir escandalosa e indecentemente?

¿Qué pensarías en fin, de ti misma si después de confesarte, volvieses de nuevo la espalda a tu Amante; si después que acaba de levantarte, arrojaras una vez más tu anillo; si recién absuelta insistieras en destrozar tu Novela?

¿Qué pensarías de ti misma, si pasada la confesión te lanzaras otra vez en busca de las ocasiones de pecar?

SÍ, PADRE; PERO ESCUCHE… HAY SUFRIMIENTOS… Y MUERTE…

Imagino que te habrás dado cuenta de la absoluta lógica de mi afirmación de que la Vida es una Divina Novela. No dudarás de la verdad de esto, pues toda novela es una historia de amor, en la que los amantes, después de muchas complicaciones, acaban por encontrarse y caer uno en los brazos del otro para ser felices, etc. Al menos tal es la definición universal aceptada de la novela.

Así, pues, si reflexionas en lo que eres y por qué lo eres, de dónde vienes y a dónde vas, encontrarás cómo el amor, el amor y el amor es el tema de tu existencia, y después de ver las complicaciones, intuirás el final dichoso. No podrás negar la verdad de cuanto te he dicho, y, sin embargo, dirás aún: “Sí, Padre; pero escuche…”

“Sí, Padre; todo esto es cierto…; pero escuche…” En la vida hay una gran cantidad de penas y tristezas. Alguien nos dijo con razón: “La empezamos

con un grito y la acabamos con un suspiro”. Entre los dos amantes, Padre, hay una inmensa montaña de pesares. Piense en el verdadero mar de lágrimas que vertemos desde nuestro primer grito infantil hasta la exhalación del último suspiro. Comprenda que cuanto ha dicho es verdad en abstracto, pero debemos enfrentarnos con lo concreto. En el orden ideal, no dudo que todo lo que dice es cierto, pero en la dificilísima realidad del mundo, en la lucha diaria por la vida, hay tantos quebraderos de cabeza y tantas amarguras, que no permiten considerarla como una bella Novela precisamente. Yo creo que para la mayoría de los mortales, la vida no es un idilio romántico, sino una tragedia”.

EL SUFRIMIENTO NO ES UN MAL

¿Es un mal el sufrimiento?

Si lo es, Dios es un mal Dios. Recuerda los dolores que le causó a Su Madre, con los siete puñales que atravesaron su Corazón. La Virgen dio a luz al Niño- Dios en la oscuridad, la acre humedad y la incomodidad de un establo, y le vio morir en una Cruz como si fuera un criminal. Apenas hubo nacido el Niño, hubo de huir con Él y desterrarse. A los doce años se le perdió. A los treinta, la dejó para ir a predicar. A los treinta y tres, murió. Si el sufrimiento fuera un mal, Dios sería un mal Dios.

¿Es un mal el sufrimiento?

Si lo es, Dios es un Dios malísimo. Recuerda lo que hizo con Su Hijo. El Señor de la Gloria nació entre un buey y una mula. El rey de Reyes hubo de refugiarse en tierras extrañas y paganas para eludir la persecución de un tiranuelo llamado Herodes. El Hijo de Dios vivió como un humilde carpintero. El Maestro de todos los maestros, fue interrogado por los escribas y fariseos. El Arquitecto del templo se vio condenado por el Sanhedrín. El Primero de todos los hermanos fue vendido por Judas, negado por Pedro y abandonado por los Doce. El Señor de la Vida, hubo de morir ignominiosamente después de ser azotado, coronado de espinas y subir al Calvario con la Cruz a cuestas.

¿Es un mal el sufrimiento?

Si lo es, Dios no solo es un mal Dios, sino el Dios del mal. Recuerda cómo trató a sus fieles: Juan el Bautista fue degollado, Pedro, “su piedra”, fue crucificado. Pablo, “su vaso de elección”, decapitado, y Juan, “su predilecto”, abrasado en un caldero de aceite hirviente. Sus vírgenes

fueron entregadas a las fieras; sus confesores, como antorchas en los jardines de Nerón; sus mayores devotos cayeron en la arena del Circo.

¡No! Decir que el sufrimiento es un mal, es un error. El sufrimiento no puede ser un mal. Puesto que todos los más amados de Dios han sufrido terriblemente. Si el mismo Dios sufrió como nadie ha sufrido antes o después que Él, el sufrimiento no debe ser un mal, sino un bien.

Y lo mismo de las tristezas, Jesús fue el "Hombre de las Tristezas"; María, "la Madre de las tristezas", y todo verdadero seguidor de Cristo y amigo de Dios ha conocido las más hondas tristezas. Tú, seguramente, conocerás también muchas tristezas físicas y morales antes que llegue la hora de tu muerte, pero ello no quiere decir que la Vida no sea una Novela.

No digo que la Vida sea un "lecho de rosas" sino que es una "historia de amor". Precisamente por serlo se vive con el corazón y se sufre. Sí no lo dudes; conocerás sufrimientos y tristezas, pero nunca deberás desalentarte ni desesperarte por ellas, pues Dios te ama y la Vida es una Divina Novela.

Dime: ¿Has visto alguna vez cómo trabajan los obreros de una fábrica de tapices? Siempre lo hacen por el revés, es decir, por la parte de atrás. Tejen eternamente con hebras rojas, blancas y negras. En algún momento el telar parece un revoltijo, un absurdo laberinto de diversos colores, pero los tejedores siguen tejiendo incesantemente. Otras veces semeja un montón de cabos sueltos, una maraña de hilos inútiles, despreciables y carentes de significado y, sin embargo, los tejedores continúan su tarea. Por fin, se mueve la última hebra, se vuelve el tapiz y los obreros contemplan la bella obra de arte, que es un tapiz de soberbio dibujo.

Nuestra vida es exactamente lo mismo. Hay veces en las que no podemos comprender por qué padecemos sufrimientos, tristezas, fracasos y desgracias. Hay veces que la vida nos parece un revoltijo, una terrible sucesión de disgustos y aflicciones. No acertamos a comprender por qué Dios se lleva a nuestros seres queridos y azota al bueno con enfermedades y al fiel con miserias. Hay muchas cosas en la vida que no podemos comprender del todo, porque no sabemos todavía que Dios es Amor y la Vida una Divina Novela. En consecuencia podemos decir con el Padre Tabb:

Mi vida es como un tapiz que hacemos mi Dios y yo.

Yo diseño los dibujos y colores y Él lo teje con destreza.

Muchas veces elige para mí tristezas, y yo en mi estúpido orgullo,

olvido que Él puede ver lo más alto y yo tan solo lo más bajo.

Mi buena amiga: cuando un día acabemos de tejer nuestro tapiz, no dudes de que, si lo hemos tejido con los hilos que Dios nos proporcionó, veremos el cielo.

Acuérdate de esto. Pueden sobrevenirte penas, pobrezas, privaciones: seguramente, padecerás sufrimientos y tristezas; una cruz pesará sobre tus hombros y una corona de espinas taladrará tus sienes.

No te importe y sigue.

Sigue tejiendo las hebras con paciencia, con humildad, piadosamente, amorosamente, en la confianza de que “Él puede ver lo más alto y nosotros tan solo lo más bajo”. Cuando acabemos de tejer nuestro tapiz, llegaremos al momento más dichoso de la vida, que es la muerte.

EL MOMENTO MÁS DICHOSO DE LA VIDA ES LA MUERTE

Hay muchas personas que temen a la muerte. A algunas les causa verdadero horror; ello se debe a que nunca han comprendido la vida. Unas le temen porque—según dicen—es “el hundirse en la sombra”, y añaden que a nadie le agradan las sombras… pero los católicos sabemos que la muerte es, precisamente, el despertarse a la luz. A otras les espanta porque creen que es un salto a lo desconocido. Tú y yo sabemos que, por el contrario, significa la reunión con el Conocedor de todo. Hay quienes sienten miedo porque saben que la hora del juicio, la hora de rendir cuenta de los pecados y los servicios. Pero tú y yo—si hemos vivido conformes con los designios divinos, si con toda seriedad hemos cumplido los mandatos de Dios que quiso hacer de nuestra existencia una Divina Novela—no podemos sentir ese temor, pues ya nos hemos sometido a ese juicio al celebrar entrevistas con nuestro amante en su secreto punto de reunión del confesionario. Y hemos ajustado las cuentas de nuestros pecados y nuestros servicios.

No; la muerte no puede asustarnos por ninguna de esas cosas que asustan a los demás. El único miedo que podemos sentir es el sublime

miedo de los ángeles que tiemblan de felicidad en presencia del Dios de la pureza. Es decir: un miedo estático, por saber que la muerte es una revelación de la divinidad y que todas las revelaciones producen una maravillosa y bendita esperanza. Como vamos a ver a Dios "cara a cara", la muerte nos produce un alegre expectación, una especie de excitación nerviosa que acelera los latidos de nuestro corazón y apresura nuestra respiración, por la seguridad que vamos a saludar a nuestro amante.

¡Oh, sí, la muerte es un alegre pensamiento! De todos los momentos felices de la vida, este es el más feliz. Significa nada menos que la vuelta al hogar. ¿Nunca has visto a una muchacha que después de mucho tiempo regresa a la casa paterna llena de hermanas y hermanos? Si el ser simplemente testigo de un acontecimiento semejante constituye una de las mayores alegrías, piensa lo que significará ser la protagonista de un retorno.

¡Eso es la muerte! Tú y yo hemos estado ausentes largo tiempo nuestro destierro empezó con el nacimiento y termina con la muerte, gracias a la cual volvemos a nuestro verdadero hogar y a todo lo que esta palabra representa: volvemos a Dios, Nuestro Padre; a María, nuestra Madre; a Jesús, nuestro hermano; a todos nuestro demás parientes, los santos y los ángeles. ¿Cómo no va a ser hermosa la muerte si es el fin de nuestro exilio, la vuelta a casa y el abrazo a toda nuestra familia?

Hay quien dice que la muerte nos quita todo, pero eso es hablar por hablar y decir tonterías. La muerte no quita; da. La muerte nos da todo cuanto hemos deseado con mayor vehemencia. Desde la oscuridad de tu razón has venido preguntándote siempre los "qués" y los "por qués" de las cosas, y seguirás preguntándotelo hasta la hora del juicio final. Tu inteligencia hambrienta de todo conocimiento, anhela saber toda la verdad.

Hemos mirado con gigantescos telescopios, tratando descubrir los secretos del sol, la luna y las estrellas y poder medirlos, pesarlos y clasificarlos, porque deseábamos saber. Hemos guiñado nuestros ojos sobre los microscopios más potentes, viendo y midiendo lo casi invisible y casi inmensurable, porque queríamos saber. Hemos obtenido fotografías de la actividad de las esporas y de las hendiduras de los planetas, es decir, hemos escudriñado los cielos, escavado los más profundos estratos de la tierra, y penetrado en los abismos oceánicos, porque queríamos saber. Y cada día que transcurre, ampliamos con nuevos descubrimientos el área de nuestros conocimientos, pero aunque

llegásemos a conocer "todo" en la tierra, seguiríamos preguntándonos los "qués" y los "por qués", pues nuestra mente no puede llegar a conocer a Dios, que Es toda la Verdad, todo el Conocimiento y todo lo Cognoscible. La muerte es solo quien pondrá fin a nuestras investigaciones al mostrarnos a Dios. Al morir; los "qués", los "por qués" y los "signos de interrogación", desaparecen de nuestro vocabulario y de nuestra puntuación, sustituyéndose con las frases y los signos de admiración. ¿No es hermosa la muerte?

Sí, no lo dudes; la muerte es la absoluta hermosura; ¡cuánto amamos si buscamos la belleza! Todas las formas—desde la tímida anémona hasta el rielar de la luna sobre el océano—nos encantas. La naturaleza, animada o inanimada, está llena de belleza al alcance de nuestros sentidos. Podemos disfrutar la maravilla del amanecer o la gloria del crepúsculo en un cielo meridional; admirar la sorprendente visión de las cimas de las montañas coronadas de perlas relucientes bajo la luna invernal; extasiarnos con el rumor del mar que respira bajo el firmamento sereno, cuajado de estrellas; o agotar la belleza del mundo entero y seguir sedientos de ella, porque todavía nos falta conocer a Dios, que es la máxima hermosura. Solo la muerte, al permitirnos su contemplación saciará nuestra inagotable sed de belleza.

¿Necesito hablarte de amor?... ¿Has pensado alguna vez que también estás sedienta de amor?... el corazón humano siempre pide cariño. Desde la infancia hasta la vejez desea ser amado, y por mucho amor que los años le concedan, nunca le darán lo bastante para calmar esa necesidad. Primero gozamos del amor de los padres y de los hermanos; luego, viene la edad de los noviazgos, y por último llega el amor de marido y mujer y el de los hijos, no obstante esa cantidad de amores, siempre tendremos un afán de más amor que solo Dios podrá satisfacer. Solo Dios es capaz de tranquilizar el corazón humano, la muerte es quien nos da a Dios, que es todo el Amor para apaciguar nuestro corazón. ¿No es hermosa la muerte?

¿No sabes lo que es la muerte? Voy a decírtelo. La muerte es el pleno florecimiento de nuestras almas inmortales. ¿Te gustan los capullos de un rosal? En efecto, son muy bellos, pero, ¡están tan estrechamente cerrados, tan estrechamente recogidos, tan apretados!... solo cuando se abren y se convierten en espléndidas rosas adquieren la plenitud de gracia, de plenitud y de belleza. Nuestras almas son pequeños capullos y permanecen cerrados, terriblemente cerrados, hasta el momento en que

la muerte las abre convirtiéndolas en las flores de la espiritualidad inmortal. ¿No es hermosa la muerte?

¿Te das cuenta de lo ignorante y estúpido que es el mundo? No conoce nada de la vida ni mucho menos de la muerte. En su torpeza llama a la muerte "el final de la vida", aunque—como acabamos de ver—sea el principio de una vida realmente verdadera. El mundo considera la muerte como la separación de todo lo que más amamos, cuando en realidad es el comienzo de nuestra unión con el más perfecto de los amantes. El necio mundo dice que la muerte "nos cierra los ojos" y nosotros sabemos que lo que la muerte hace es abrírnoslos de par en par en la soberana visión: a la contemplación "cara a cara" de Dios.

El mundo define la muerte como "la noche eterna", y ya hemos visto que es amanecer de un día sin fin. El mundo juzga a la muerte como un último adiós, una larguísima despedida, un abandono de todo y nosotros sabemos que es el dichoso retorno al verdadero hogar, el saludo de nuestros más amados, la consecución de cuanto anhelados más intensamente. Para nosotros, la muerte es la misma belleza.

En su doctísima ignorancia, el mundo pinta la muerte como un esqueleto con una mueca repulsiva y odiosa. Pero nosotros que tal representación es errónea. Si queremos tener un símbolo exacto de la muerte, debemos representárnosla en su actualidad y en su verdad, que es el principio de la vida. Admitimos representarla como un esqueleto, sí; pero cubierto con la carne y el rostro de todos los hombres. Representarla con la faz de Jesucristo, y entonces, en lugar de la monda calavera con las órbitas huecas, la veremos cómo es en realidad. Bellísima, con los ojos de Dios, con la sonrisa de Dios—la más dulce sonrisa que haya jamás iluminado un rostro humano—la sonrisa de bienvenida de un amante que espera mucho tiempo para unirse con su amado. Jesucristo es el Ángel de la muerte y nos llama con un suavísimo susurro: "Ven amado mío… Ya es hora que vuelvas a casa."

En resumen, podemos afirmar que la muerte es el momento ***más dichoso de la vida.***

DOS SON LAS PROPOSICIONES AL PREGUNTAR: "¿QUIERES SER MÍA?"

Ya que te he hablado de la llamada de Cristo a la muerte, quiero ahora darte a conocer su propuesta para la vida.

Quizá te extrañe saber que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor del mundo, Rey de reyes y Señor de señores, se haya fijado en una criatura tan insignificante como tú. Pues es verdad. Tan verdad como que estás leyendo estas líneas. ¿Te asombra entonces que yo califique a la vida de Divina Novela? Jesucristo, el Hijo de Dios Todopoderoso TE está suplicando: "Hija mía, dame tu corazón". ¡Maravillosa proposición de Amante! El "más hermoso de los hijos de los hombres", el más fuerte de todos los hombres fuertes, el más puro de todos los corazones puros, el más noble de todos los nobles, el Superhombre de toda la Humanidad, TE pregunta— ¡a ti, sí, a ti!—con dulzura inmensa: "¿Quieres ser mía?"

Ya sé que todo esto te sonará raro, pero ello es sólo porque escuchas con los oídos del cuerpo y no captas los rumores de tu alma. Ello se debe a que tienes costumbre de prestar atención a las falsas lisonjas y no a tu verdadero Amante. Por eso quiero que me escuches. Dices que amas la belleza y la bondad, que admiras la fuerza corporal y la espiritual, que deseas que "tu hombre" sea justamente eso: "tuyo" y "hombre". Insistes en que deseas encontrar en él virilidad, vigor, fuerte inteligencia, firme voluntad y poderoso espíritu. Eso quiere decir que sueñas con un conquistador, con un hombre perfecto. Te comprendo. Tu corazón desea la perfección mental, moral y física más absoluta, ¿no es eso?... Pues tu corazón la tiene a su alcance, solo basta que sepa mirar y escuchar. Jesucristo es un **HOMBRE** y Jesucristo es **TUYO**.

¿Qué significa Belén?... Un Niño chiquitín, lindísimo, abandonado en la soledad y el frío. ¿Habrá un corazón de mujer que se niegue a recogerlo y darle calor y amparo? Un Dios debe ser reverenciado y adorado, pero un niño debe ser amado. Dios lo sabía y por eso quiso empezar su existencia humana siendo un Niño. Esta fue su primera manera de decirte: "Hija mía, dame tu corazón".

Pasemos rápidamente treinta y tres años para encontrar al Niño convertido en un magnifico adulto. De esos treinta y tres años, los últimos los ha pasado yendo y viniendo para hacer el bien". Pero si esto no es bastante para llamar tu atención, te diré también ha estado ganando tu

amor. Hoy es Viernes Santo… Le han flagelado, escarnecido, coronado de espinas, y ahora le están clavando en una Cruz. ¿Por qué? ¿Por qué era Jesucristo??... Solo hay una respuesta con una sola palabra: AMOR. Desde Belén hasta el Gólgota, desde su concepción hasta su crucifixión, Jesucristo ha vivido suplicándote: "Hija mía, dame tu corazón".

Han trascurrido más de dos mil años y continúa la misma súplica. Desde la lámina del Pan consagrado, desde la celda del Tabernáculo, desde detrás de las puertas de bronce del santuario, el Gran Dios no cesa de preguntarte: "¿Quieres ser mía?"

Todo esto es cierto, ¿no? Sí; lo es. Es una proposición de Amante. Si nunca antes la habías entendido con suficiente claridad, es porque no se pueden percibir los suspiros cuando la gente vocifera, porque es imposible escuchar a Cristo entre el clamor de las palabras del mundo y el demonio.

El demonio, que también pretende tu alma con una intensidad casi igual a la de Cristo. Desea tu corazón casi tan ávidamente como Dios y te lo pide con idéntica vehemencia. También está constantemente junto a ti preguntándote: "¿Quieres ser mía?" Sus palabras son persuasivas, llenas de promesas y descaradas adulaciones. Pero a pesar de sus palabras de amor, no es tu amante. A pesar de sus frases ardorosas, no está enamorado de tu corazón. Los conceptos que vierte en tu oído son ardides, sus enfáticos discursos, mentiras; su proposición, seducción. Satán te odia, y, sin embargo, murmura en tu oído: "¿Quieres ser mía?"

Veo que te sobresaltas otra vez y dices: "Nunca pensé que Satán pudiera hacerme proposiciones." A lo que te respondo: ¿Por qué te sorprende? La perfidia actúa siempre con habilidad dolorosa.

¿Has visto, leído o escuchado alguna vez Cyrano de Bergerac? Si conoces esta famosa obra, podrás saber algo de las tácticas que utiliza el demonio. ¿No recuerdas? Cyrano estaba enamorado de la hermosa Roxana, pero tenía una tremenda nariz que desfiguraba su cara, haciéndola grotesca. Cyrano era feo, feísimo, y por saberlo no apeló a los ojos de la muchacha amada, enamorada a su vez de Christian, un soldado guapo y arrogante. Christian no podía hablar. Cada vez que se encontraba en presencia de Roxana enmudecía. El feo Cyrano encontró en ello un camino para solucionar su asunto. Él podía hablar con arrebatadora elocuencia, y una noche hizo que Christian escalara el balcón de la casa de Roxana, permaneciendo él abajo escondido. Cuando Roxana se asomó, escuchó unas hermosísimas palabras, como

jamás las oyera otra mujer amada, salidas al parecer de los labios del gallardo Christian, pero pronunciadas en realidad por el feo Cyrano, que ponía en ellas todo el fervor de su alma de poeta, todo el fuego de su amante corazón, todo el frenesí de su fértil imaginación. Aunque aquella noche, Roxana fue conquistada por el cuerpo de Christian y por el alma de Cyrano.

De la misma manera trabaja el demonio. Nunca aparece en su forma verdadera. Es demasiado feo y sabe de sobra que la sensibilidad femenina le rechazaría si se presentara ante vosotras y abiertamente os incitara al pecado. Pero así mismo conoce todo cuanto agrada a vuestros ojos, cuanto cosquillea vuestros oídos, cuanto enciende vuestra fantasía, cuanto basta para ganaros el corazón, y se esconde detrás de todo lo agradable, lo delicioso y lo seductor, no para ganar vuestros corazones al amor, sino para condenar vuestras almas en el odio. Si es menester, utiliza buenos mozos, muchachas atractivas, hombres con apariencia de héroe, soberbias mujeres. Utiliza los encantos de la conversación, la magia de la música, el deleite del baile, el halago de los vestidos, la exaltación de la bebida. Todas las cosas gratas y sugestivas serán empleadas por él para ganarte y destruirte. ¡Y todo lo hará como si fuera una inefable proposición de amor!

¡Qué contraste entre Cristo y el demonio, los dos aspirantes a la posesión de tu alma! Satán no te ama. Al contrario, te aborrece con todo el odio del infierno. Te odiaba ya en el momento en que te concibió tu madre y continúa odiándote desde entonces. El día que te bautizaron marcándote indeleblemente como cristiana, su aversión se reavivó. Desde el día en que llena de inocencia te arrodillaste para hacer tu primera confesión, trabajaba con mayor actividad para separarte de tu único y verdadero Amante Jesucristo. A cada digna recepción de los Sacramentos, Satanás aumentó su odio, que ahora ya es un ciego furor que no cesará hasta que te hayas encadenado a él por el pecado mortal o estés a salvo en los brazos de tu Amante en el cielo. Escucha, escucha atentamente las dos proposiciones y entiende bien lo que quieren decir realmente. Una es: “Te amo.” La otra: “Te odio.” Guárdate de Satanás y de sus artimañas. El placer es una trampa que te atrae, y tu enemigo la encubre de mil maneras. Tal vez, las más peligrosas para ti sean las de “tener estilo”, “matar el tiempo” y “ser moderna”.

¡Mira lo que hay debajo de la superficie! Si miras fijamente y escuchas con atención, reconocerás enseguida al enemigo de tu alma. Ten en cuenta que lo impuro es siempre impuro, sea cual sea el precio del

vestido, el fulgor de las joyas, la belleza de la forma y del rostro, la destreza que pueda poner en sus palabras la frivolidad. La "cháchara" es un buen disfraz para todo. Por muy divertido que resulte un borracho, la embriaguez siempre es pecado y puede arrastrarte a otros más graves. La indecencia es desagradable y degradante, sea quien sea el indecente, cosa que frecuentemente parece olvidar la Prensa. La pluma ES más peligrosa que la espada, en lo que concierne a la mortandad de las almas. ¡Mucho cuidado con lo que lees! Las revistas más elegantes y los best sellers, están a menudo llenos de obscenidad. Recuerda siempre que lo obsceno no deja de ser obsceno aunque esté elegantemente vestido.

"Ser elegante" "tener estilo", "matar el tiempo" o "ser moderna", son frases que muchas veces equivalen a ser paganos, anticatólicos, anticristianos. La última moda en el vestir o bailar significa por lo general, inmodestia y procacidad. "Matar o pasar el tiempo" suele querer decir estar al margen de la religión. Y "ser elegante" coincide en muchísimos casos con ser pecadora.

¡Estás cercada de peligros, obra de Satanás, cuyos ardides son innumerables!

¡Incluso ha llegado a presentarse como un ángel del cielo para poder llevarse al infierno a muchas almas! ¡Sé prudente! ¡Sé juiciosa! ¡Escucha a tu verdadero amante!

Cristo te quiere y por eso te ha rogado: "¡Hija mía, dame tu corazón!" por eso te ha preguntado si deseas ser suya. Si es cierto como dices que quieres la belleza de cuerpo y la del alma, la nobleza del pensamiento y de carácter, el heroísmo del corazón y aspirar a un conquistador caballeroso, tengo que repetirte una y cien veces que Jesucristo, el Vencedor de Satanás, del mismo infierno y de la muerte; el hermoso Jesús, el Cordero de Dios, el Hombre- Dios, espera tu respuesta.

PUEDES DAR UNA DE ESTAS TRES RESPUESTAS: LA DE DOROTEA. LA DE ELENA. LA DE GERTRUDIS

Seguramente has leído la historia de Salomón y las mujeres que disputaban, y recordarás cómo ambas mujeres y el niñito fueron conducidos ante el más sabio de los hombres.

Las dos alegaban ser la madre de la criatura, y Salomón sabía que por fuerza, una de las dos mentía. Pero, ¿cuál de las dos era la embustera? La

gran dificultad era averiguarlo. El niño no podía ayudarle, pues no sabía hablar todavía. Tampoco su rostro decía nada, pues no tenía el menor parecido con las dos presuntas madres. ¿Estaba perdido por eso el más grande sabio de los hombres? ¡De ninguna manera! Ya recuerdas lo que hizo: Tomó una espada y—buen conocedor de la ternura del corazón maternal—sentenció: “Ni para ti, ni para ti. Mi fallo es que debemos partirlo en dos y que cada una se lleve la mitad. ¿Estáis conformes?”

A lo que la falsa madre contestó: “Ese es un fallo justo, señor. Ni para ella, ni para mí, sino dividido.”

Salomón miró a la otra mujer y vio sus ojos llenos de lágrimas. Habló, pero su voz era un gemido angustioso al suplicar: “¡Oh señor! No matéis al niño…”, Salomón revocó la sentencia a su favor.

Fíjate bien en las palabras de la verdadera madre. No dijo: “No dividáis al niño”, sino que gimió patéticamente: “¡No matéis al niño!” Lo mismo que Salomón, la infeliz mujer sabía que no se puede dividir sin causar la muerte. Su reacción facilitó el juicio del rey.

Muy frecuentemente, el demonio hace la misma propuesta a tu corazón. “Hagamos un pacto—bisbisea—No seas ni mía del todo, ni del todo de Dios, sino la mitad de cada uno.” Si al oírle pensaras que era una buena solución dividir tu corazón, te engañarías, pues no podrías dividirlo sin matarlo.

Por eso, te digo: No mates tu corazón. Lo has recibido entero de Dios y entero debes devolvérselo. Divide et impera, fue el grito de conquista de los romanos. “Divide y vencerás.”

Lo mismo piensa Satanás, cuando te insinúa pactar o transigir, que es igual que dividir. Si le escuchas y obedeces, te habrá conquistado. No—repito—no mates tu corazón, que es precisamente lo que harás si no actúas como lo hizo Gertrudis.

Déjame que te hable de Gertrudis.

Un día, tres muchachas llegaron a la consulta de un médico. Las tres eran chicas modernas, enamoradas de la vida. Las tres tenían belleza, garbo y “personalidad”. Las tres tenías numerosas amistades de muchachas y muchachos y para las tres el porvenir aparecía pletórico de promesas. Pero últimamente, las tres notaban cierto decaimiento en sus energías. No se mostraban tan vivarachas como de costumbre y se

sentían un poco fatigadas después de un baile o un deporte, lo que les hizo acudir a consultar al médico.

Fueron, pues, a la consulta. Después de examinarlas atentamente, el doctor las reunió en su despacho. Se quitó las gafas, las colocó sobre la mesa, se arrellanó en el sillón y sonrió, mirando los tres rostros juveniles que le contemplaban impacientes.

—Señoritas—dijo, voy a decirles la verdad y a darles mi consejo. Tal vez la verdad no sea muy agradable, pero tampoco aterradora, puesto que el remedio que voy a prescribirles es infalible. La verdad es esta: cada una de ustedes tiene una mancha en los pulmones. Por el momento no es cosa de importancia, pero podría llegar a serlo. Podíamos llamarlo tuberculosis: supongo que saben lo que es la “T.B.”. No se preocupen demasiado por ello. Todos llevamos en el organismo algunos gérmenes. Yo los tengo al igual que ustedes, pero mi resistencia es tan grande que no les deja progresar. Ustedes tres han dejado en estos últimos tiempos que su vitalidad se debilite y los gérmenes han avanzado hasta instalarse en sus pulmones. Esta es la verdad.

Se interrumpió mientras las tres muchachas se miraban asustadas, y en seguida prosiguió:

—Ahora bien: hay algo más que esa verdad. Los gérmenes continuarán progresando, a medida que ustedes les opongan una fuerte resistencia. Continuarán progresando y ustedes se encontrarán en un grave peligro. Pero, como ya les he dicho, hay una prescripción: Que dejen de bailar, de fumar y de trasnochar y se marchen una temporada a Arizona.

El doctor se puso las gafas y se levantó.

—Esta es, señoritas, la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Sigan mi consejo y yo les prometo que recobrarán la salud y la energía y vivirán muchos años. Si lo desatienden, les anuncio desde ahora la enfermedad y la muerte.

Las tres jóvenes le dieron las gracias con voces temblorosas, salieron y montaron en su coche. Al poco tiempo de poner el vehículo en marcha, se oyó el ruido de una cerilla rascando la lija de la caja.

— ¿Qué es eso, Dot? ¿Qué haces?—preguntó Gertrudis.

—Encender un cigarrillo—contestó Dorotea—, y si quieres saberlo todo te diré que esta noche iré a bailar y que no pienso marcharme a Arizona. El médico nos ha dicho que solo tenemos unas pequeñas manchas sin

importancia. Es una suerte, pues yo me temía algo peor. Así que nada de Arizona, que es un sitio para moribundos, donde no se puede fumar ni bailar ni divertirse por la noche. ¡Oh, no, hijas! Eso no es para mí que amo la vida.

Dorotea no quería hacer nada.

Viendo el rostro horrorizado de Gertrudis, Elena dijo:

—Bueno… la verdad es que no sabemos… Dot tiene razón en lo que dice de Arizona. Debe ser un sitio aburridísimo y triste. Sin embargo, creo que debemos hacer algo. Yo pienso dejar de fumar y en adelante solo bailaré una noche al mes. Con eso bastará para detener la enfermedad y borrar esa pequeña mancha que ha dicho el doctor…

Elena hacía las cosas a medias.

Tras una pausa, preguntó a Gertrudis:

—Y tú, Gert, ¿qué piensas hacer?

—El doctor nos ha dicho la verdad y nos ha prometido salud, alegría y larga vida si seguimos sus consejos. Mirad lo que hago con mis últimos cigarrillos. Arrojó por la ventanilla del coche un paquete de "Lucky" recién empezado.

—Llamaré esta tarde a Jim—prosiguió—y me despediré de él por una temporada. Se acabó el baile. Si está dispuesto a esperar, me iré a Arizona. Para aquí Dot; voy a ocuparme del viaje ahora mismo.

Gertrudis estaba dispuesta a todo.

Si te interesa el final de la historia, puedo decirte que seis meses más tarde, estando en una casita de campo en Arizona, Gertrudis recibió un sobre de luto, dentro del cual se le participaba el fallecimiento de Dot, ocurrido la semana anterior. Dos años después acudió a la cabecera de la cama de Elena para escuchar sus lamentaciones:

— ¡Qué bien hiciste, Gertrudis!... El doctor tenía razón. Ahora me toca a mí. ¡Adiós, amiga mía!

A la semana siguiente, Gertrudis llevaba flores a las sepulturas de sus dos íntimas amigas.

¿Comprendes? Las tres creían amar la vida. Dot lo juraba solemnemente; Elena insistía una y otra vez en ello. Pero solo Gertrudis

supo demostrar ese amor. Porque amar—no lo olvides— significa sacrificio. Amar significa sufrimiento. Amar significa triunfo. Porque supo sacrificarse y sufrir, Gertrudis triunfó. ¡Sólo ella amaba de verdad la vida!

¡Bah!—dirás—Eso es un cuento…

Sí; parece un cuento, pero es una verdad aleccionadora. Podríamos considerarlo una parábola y aplicarla siempre que merezca ser aplicada.

¿No decimos todos que amamos a Dios? ¿No aseguramos que deseamos salvar nuestras almas? ¿No admitimos que Satanás es nuestro enemigo y Dios es nuestro Amante? ¿No conocemos todos la verdad?... Sí, sí… ¿pero qué hacemos? ¿Cómo actuamos?

Tenemos un alma que salvar. Pero esa alma está manchada. Cuando nacimos ya había en ella pequeños gérmenes a los que llamamos "efectos del pecado original" que conocemos también como "concupiscencias". Ahora son gérmenes del pecado. Todos los tenemos y debemos conservarlos como defensas orgánicas. Si dejamos que nuestra resistencia sea floja, se extenderán por toda el alma y sobrevendrá la enfermedad del pecado y finalmente la muerte eterna. Sí; sabemos la verdad y conocemos la prescripción infalible del Médico Divino: "Rechaza todas las personas, cosas y sitios que puedan conducirte al pecado. Evita todas las ocasiones de pecar y acude al Sanatorio de Dios, que son los santos Sacramentos". La prescripción no puede ser más clara y definida.

¿Qué haremos con ella?

Las personas frívolas como Dorotea, caen siempre en la tentación. Insisten en ir con los muchachos y muchachas que les condujeron al pecado en el pasado y que seguirán llevándoles por el mismo camino. Escuchan las perdidas insinuaciones del mundo. No frecuentan los Sacramentos y acaban por morir eternamente.

Quienes como Elena hacen las cosas solo a medias, piensan: "Yo evito los pecados mortales, pero no me preocupan los veniales que son poca cosa, pues no destruyen totalmente el alma." Van a comulgar de vez en cuando. Caminan sobre las arenas movedizas del pecado mortal, que un día u otro terminarán por acabárselos.

Los dispuestos a todo como Gertrudis, dicen; "Gracias, Dios mío, por haberme dicho la verdad." Dejan al margen las amistades peligrosas, rechazan las lecturas perniciosas y aplastan al pecado venial como si fuera una serpiente. Se apresuran para adquirir los billetes para llegar al

Sagrado Corazón mediante buenas confesiones y frecuentes comuniones llenas de devoción. Solo ellos aman realmente a Dios. Solo ellos desean realmente salvar sus almas.

¿A cuál de esos tres grupos has pertenecido hasta hoy? ¿A cuál quieres seguir perteneciendo en adelante? Piensa, hija mía, que no puedes jugar con el fuego sin quemarte. No puedes vivir en nuestro pagano mundo moderno sin pecar. No puedes vivir en nuestro contaminado siglo y permanecer pura, a menos que te acerques al más puro de todos los hombres puros, a tu Amante Jesucristo. El mejor camino para acercarte a Él es la Sagrada Comunión.

Las muchachas dispuestas a todo, como Gertrudis, comulgan a diario. ¿Serás así tú? Tu Amante está aguardando la respuesta a su proposición. Te ha dicho—recuérdalo—que le entregues tu corazón. ¿Qué vas a hacer: negárselo, dárselo solo a medias o entregárselo entero?

TU AMANTE PRUEBA SU AMOR… DA… SUFRE… SE SACRIFICA…

Si no tienes el valor de ser como Gertrudis, ¿por qué dices que amas?

Sé lo difícil que es hablar o escribir sobre el Amor. El Amor se ríe de las definiciones, pues es algo tan grande y tan universal, lo abarca todo tan absolutamente, que se niega a dejarse encerrar entre las palabras de una definición, y sin embargo, todos sabemos lo que es. Mas, aunque sea difícil, voy a intentarlo, pues creo haber encontrado el lenguaje del Amor.

Sí, no te asombres. El Amor tiene su idioma peculiar. Un idioma que sin tener impreso su léxico, conoce todo el mundo. El Amor es el único idioma universal. Y, por extraño que pueda parecer, expresa sin palabras sus mejores conceptos. Una madre ya anciana, con el pelo blanquísimo, y su hijo convertido en un hombre mayor, suelen hablar poco, pero se aman mucho. Los jóvenes enamorados que pasan horas y horas charlando, no dicen tan bien lo que uno ama al otro, como un matrimonio, ya maduro, cuyos silencios son más elocuentes y su amor más verdadero. En Amor, los hechos hablan con mayor intensidad que las palabras, pues el hacer y el dar son mucho más expresivos que el decir. El máximo Amor que la tierra ha conocido se expresó con actos y no con palabras. Cristo, que amaba al Padre con un Amor capaz de estremecer al firmamento, jamás dijo: "Lo amo". Prefirió decir: "¡Hágase Su

Voluntad!" ¡Esa sí es una prueba positiva de amor! Sí; el Amor tiene su vocabulario peculiar. Los hechos y los dones son sus sustantivos y sus verbos, y la manera de hacer y dar, sus adjetivos y sus participios. Es decir: Para amar no necesitas pronunciar palabras.

Sencillamente, debes hacer y dar. Y para amar de un modo supremo, debes darlo todo.

Ahora quiero que oigas a Dios, como te dice su Amor. Quiero que analices sus dones y sus actos. Dios te dio la vida. Te sacó de la nada y te dio un cuerpo y un alma. Tu cuerpo lo formaron Sus Dedos Omnipotentes sobre el modelo inspirado por la Santísima Trinidad. Y tu alma no es otra cosa que un suspiro de Dios.

Luego te proporcionó los elementos para vivir: tierra, aire, agua, el calor del sol, el fresco del relente… Dios te dio un padre y una madre, hermanos, parientes y amigos. Dios te dio la alegría y la risa. Dios te dio la vida y el amor.

¿Qué es todo ello? Veinte siglos desde Cristo, cuarenta o cincuenta antes que Él, todo el tiempo transcurrido desde el nacimiento de Adán no han bastado para explicarnos la inmensa grandeza de esos dones. El hombre todavía no ha logrado pesarlos ni tasarlos. Indudablemente son inapreciables y por ello te pregunto qué son, qué significan todos juntos comparados con el don de los dones que es el propio Dios.

Tu obligación y la mía es amar a Dios, pero, ¿cómo podemos hacerlo? Uno no puede enamorarse insensatamente de un espíritu, uno no puede dejar a su corazón perderse en la Omnisciencia. Ni la Infinidad, ni la Inmensidad, ni la Inmutabilidad, ni la Omnipotencia pueden tomarse a peso, ni el origen de la luz de amor captarse con los ojos. No. Nosotros somos creaturas de carne y de sentidos que solo pueden amar lo que son capaces de conocer. Y solo podemos conocer lo que vemos, oímos, olemos, gustamos y tocamos. No podemos ir a ciegas tras un concepto ni perder nuestros corazones por una idea. Dios sabía que no podíamos cumplir nuestra obligación de amarle, que nuestras vidas se arruinarían y nuestros corazones se destrozarían si Él no se convertía en algo tangible para nosotros. Sabiendo que solo somos capaces de amor a algo o a alguien, nos permitió poner nuestros corazones en las criaturas en lugar del Creador, nos permitió enamorarnos de las bellezas de Dios y no de Dios mismo, nos permitió abrazar las apariencias en lugar de la esencia… y se hizo carne. Nos había dado muestras de Su Grandeza con la hermosura de las cosas que nos rodean, pero ello no era suficiente. Nos

dio su imagen en los hombres y las mujeres, pero era una imagen imperfecta. Entonces decidió darnos más, dárnoslo todo y se nos dio a Sí Mismo.

Descendió desde los altos cielos en un vuelo maravilloso y penetró en el oscuro seno de una doncellita judía que habitaba en una escondida ciudad de la provincia más humilde de un país pobre. Nueve meses después en un establo, en las afueras de Belén, nació el Hombre-Dios. ¡Oh, qué bien sabía que éramos incapaces de amar la Omnisciencia, la Infinitud y la Inmensidad!

¡Qué seguro estaba de que jamás sabríamos enamorarnos de la Omnipotencia, la Divinidad o la Infinita Sabiduría!... en cambio, si nos sabía capaces de amar a un niño. Por eso, la Omnisciencia se asomó a los ojitos de un niño, la Infinitud se convirtió en la sonrisa de un niño, la Inmensidad se limitó entre los deditos de las manos y los pies de un niño. Por eso, el Señor, Dios y Creador del cielo, la tierra y todas las cosas, se hizo hijo de María. Y por todo eso, debes amarle. Las acciones hablan con mayor claridad que las palabras, y Dios te habla con sus actos.

Contempla al Niño-Dios en los brazos de su Madre. Mira a lo más hondo de sus hermosos ojos. Esos ojos que veían mucho antes que existieran el tiempo y el espacio, que vieron la nada antes que surgiera de ella nuestro mundo magnífico, que conocía a todos los hombres por nacer aún antes que Adán fuese creado. Por ser los ojos de un Dios que todo lo ve y lo prevé, se instalaron en la carita de un recién nacido por ti y para ti. Mira las manitas gordezuelas del Niño pequeño e inerme, agarrando las cosas… son las mismas manos que sostienen el mundo, las que con sus dedos colgaron en el cielo las estrellas, trazaron las órbitas de los planetas y colocaron en su sitio al sol y a la luna. Son los dedos todopoderosos del Dios Omnipotente, y a la vez son los deditos de un niño que se divierte en ensortijarse los cabellos y poner pinceladas de rosa en tus mejillas. Son las Manos todopoderosas del Dios Omnipotente, y, sin embargo, se extienden tratando de rodear tu cuello.

¡El Dios de la pureza quiere que caigas en sus brazos para estrecharte contra su Corazón, y solo por esta razón se hizo Niño!

Piensa bien lo que significa Dios hecho Niño. Significa que ha establecido un pacto personal con la pobreza, la soledad, el abandono y la tristeza. En su mansión celeste le rodeaban la luz, la adoración y el amor. Ángeles y Arcángeles, Tronos y Dominaciones, Soberanías y

Potestades y todos los demás coros de la Corte Celestial cantaban en cesante adoración:

"¡Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de las Alturas!" En el cielo no se conocían las penas ni las preocupaciones y, sin embargo, por ti, por mí y por todos los mortales, el Señor abandonó su Morada Infinita para entrar primero en el seno de una Virgen y luego en el menudo cuerpecillo de un Niño que alentaría en un rincón de la tierra llamado Palestina. Por ti, por mí y por todos, la Eterna Alegría se transformó en el Hombre de las Tristezas y su Omnipotencia pudo conocer la debilidad, su Infinito amor, el desvío y el desamparo, su Sempiterna Alegría, las penas, y el Niño nació sobre un montón de paja en el humilde pesebre de ganado de un establo vacío y fue calentado por el aliento de un buey y de un asno.

Si el sacrificio es el lenguaje más elocuente del Amor, no podrás negar que Dios está enamoradísimo de ti. Fíjate en tu Niño Jesús, en los brazos de su madre y escúchale decir Su Amor ¿Podrás dejar de amar a un niño pequeñín, adorable, desvalido y tembloroso de frío, que además es tu Dios?

Pero aún no te ha dado bastante. El sacrificio y el sufrimiento de degradarse y hacerse humano por ti, no son suficientes para demostrarte su amor. Aún hará más, mucho más.

El sacrificio es el lenguaje más elocuente del Amor y el de la vida es el supremo sacrificio.

La historia nos repite esto, y todos los idiomas de la tierra están llenos de alabanzas para quienes la han dado generosamente. Durante la guerra mundial se reservó todo el oro para las estrellas de los que morían por su Patria. El más precioso de los metales se hacía así tributario de cuantos habían hecho el más precioso sacrificio. En el cementerio nacional de Arlington podemos hoy admirar un mausoleo de purísimo mármol. A sus puertas la nación agradecida, forma la guardia a los restos de sus fieles soldados. Es un acto solemne de admiración y respeto al ejército de los DESCONOCIDOS, que murieron para que los demás pudiésemos vivir en paz. Ello es absolutamente justo, pues el propio Cristo dijo: "Nadie expresa mejor el gran amor que quien da la vida por sus amigos". El Amor no se prueba con palabras, sino con hechos, y el sacrificio es el hecho que mejor prueba la grandeza de los corazones.

Si esto es así, mira a tu Jesús muerto en los brazos de su Madre. Mira sus pies y sus manos taladrados, mira su costado roto por la lanza, mira su cabeza coronada de espinas y su cuerpo bárbaramente flagelado. Mira intensamente el rostro herido, sucio y ensangrentado de tu Dios muerto, y escucha bien, que por él te habla su Amor.

¿Por qué sufrió tantos ultrajes? ¡Por ti por mí!

Habíamos pecado mortalmente, lo que quiere decir que estábamos entre las garras de Satanás, quien no nos había secuestrado, pues habíamos sido nosotros quienes nos metimos en sus trampas. Claro que él nos empujó y el precio del rescate había que pagárselo con sangre. Tú y yo nos habíamos vendido al pecado y el único dinero que podía redimirnos era un dinero ensangrentado. Tú y yo éramos delincuentes; teníamos las manos tintas en sangre por nuestros crímenes y la sentencia era irremediable: condena a muerte. Fallo justísimo y sin apelación posible. El crimen capital ha de purgarse con la pena capital. No podíamos pagar de otra manera que dando cuanto teníamos. Pero en el supremo tribunal de Dios había un hombre que nos amaba.

Habló con el Juez. No solo prestaría fianza por nosotros, sino que cumpliría por nosotros la sentencia, aun cuando fuese sentencia de muerte ¡Y todavía haría más! Con sus infinitos recursos satisfaría totalmente nuestras deudas, Él, el Único en el mundo capaz de hacerlo; pagaría por nosotros voluntariamente. ¡Haría el más generoso de los sacrificios, porque nos amaba!

No parece fácil comprenderlo, ¿verdad? Solo si sabemos que las acciones dicen más y mejor que las palabras, si estamos convencidos de que los dones son el más expresivo lenguaje del Amor y si no dudamos de que el sacrificio es su demostración más elocuente, podremos entenderlo. Sabemos cuánto se sufre al ser electrocutados y eso que la electrocución solo dura unos segundos. Sabemos que la cámara de gas es benigna, aunque terrible. Sabemos que la horca puede ser rápida y que la guillotina lo es más y más segura. Pero también sabemos que la crucifixión supone tres horas largas de agonía, el horror de la mazmorra en donde pasó la noche escupido y escarnecido, lo que sería la mañana del proceso ignominioso con la feroz flagelación, la cruel coronación de espinas y luego el tambaleo, los tropezones y las caídas con la cruz a cuestas por la calle de la amargura. ¡Y sabemos que todos esos sufrimientos los padeció por nosotros!

Sí, por nosotros. Su frente y sus sienes se desgarraron sangrientas con la corona de espinas, sus manos fueron atravesadas por clavos de hierro, su costado abierto por una lanza y sus labios resecos y sedientos, mojados con hiel y con vinagre.

Nosotros éramos los que por nuestros pecados debíamos haber padecido los azotes y los salivazos, soportando el peso de la cruz y sufrido la agonía y la muerte. ¡Pero el que ama, da, sufre y se sacrifica y Dios nos ama! "Nadie expresa mejor el gran amor que quien da la vida por sus amigos". ¿Qué diremos, entonces, de Cristo que la dio por nosotros sus enemigos?

¡Contempla a tu Jesús difunto en los brazos de su Madre y deja que su silencio te exprese su Amor!

Él sabía que no podíamos amar al espíritu puro, y por eso se infundió en el barro mortal, transformándose en el adorable Niñito de Belén. Sabía que habíamos perdido la llave de los cielos, y por eso nos dio una nueva: la Cruz del Calvario.

Pero aún no le pareció poco. Sabía que con el patético espectáculo de su cuerpo destrozado y yerto en los brazos de Su Madre podía ganar nuestro corazón para la Eternidad, y también que veinte siglos es un lapso de tiempo demasiado largo para los hombres y las mujeres flacos de memoria. Sabía que no podríamos amarle solo por un hecho histórico, pues el tiempo en su transcurso cambiaría Belén y el Calvario y el mito y la leyenda desfigurarían la verdad. Sabía que el pesebre y la Cruz podían perder hermosura, poderío y seducción para ti y para mí a través de la oscuridad y la distancia, y por ello, con el sutil ingenio de los enamorados, encontró un medio de abatir las barreras del Tiempo y del Espacio. El Amor sabe siempre abrir caminos y nuestro "tremendo Amante" abrió uno perfecto que podemos calificar de milagro perpetuo.

Hace veinte siglos María dijo **Fiat** y Dios se hizo carne. Hoy dice el sacerdote: "Este es Mi Cuerpo", y el "tremendo Amante" repite su descendimiento de los cielos, ahora más maravilloso todavía. Antes entró en el seno de una Virgen Inmaculada, Concebida sin pecado del que sin pecado salió como el rayo del sol por el cristal. Hay desciende a una oblea de harina de trigo, alzada entre las manos de un sacerdote que nació con el pecado original, y que probablemente habrá pecado mucho desde su nacimiento. ¡Veinte siglos es un largo tiempo; pero la Misa repite cada día el trascendental suceso!

El pesebre y la Cruz estuvieron en Palestina, y, sin embargo ahora están a nuestras puertas. Hace veinte largos siglos que Jesús nació de maría, pero aún sigue viviendo. El Niño de Belén y el Hombre del Calvario no son un mero hecho histórico, sino una realidad presente y palpitante. ¡Nuestro Amante Jesús no está distante, sino tal vez demasiado cerca de nosotros!

Mira a nuestro Dios de Amor en las manos del sacerdote y deja que su Amor te hable. Si para crearte debía amarte más de cuanto puede decirse, pues de la nada te dio esa vida que vives; si para redimirte te amaba por encima de cuanto puedas imaginar, ya que siendo el único ser inmortal quiso Eucaristía!

Para ayudarte y sostenerte, confortarte y consolarte, para iluminar tu camino y ser tu alimento, para convertirse en tu cautivo, Cristo se transfunde en la Hostia y se encierra tras una puerta de bronce. ¡Oh Amante Infinito! ¡Oh gran Dios! ¿Cómo puedes hacer todo eso? Escondiste primero tu divinidad en la humanidad en el Niño de Belén para luego, sobre la cima del Calvario, ensangrentada, ocultarla todavía más en las carnes torturadas como de un terrible criminal. Y como el hombre no aprecia bastante todas esas humillaciones y degradaciones por salvarle, escondes ahora ¡Tu Divinidad y Tu Humanidad en una Hostia de trigo, a sabiendas de que este empequeñecimiento voluntario puede ser también menospreciado! ¡Oh Dios mío, tus hechos hablan mucho más claro que todas las palabras! ¡Yo sé bien cuánto nos amas!

¡Mírale!… pero no, ¡no le mires! ¡No le hables!... los hechos deben de ser más

ELOCUENTES que las palabras. Los actos y los dones son el idioma del AMOR.

¡Recíbele! ¡Recíbele! ¡Recíbele a menudo! ¡Eso será probarle tu amor!

TÚ, LA AMADA, DEBES PROBAR TU AMOR ATREVIÉNDOTE A SER DIFERENTE

Tal es el lema que debes adoptar y tal tu propósito en la vida, pues ese es el único camino posible para demostrar tu amor. Pero permíteme decirte que como nunca te atreverás a seguirlo totalmente, sino que lo

abandonarás—a menos que seas una mujer excepcional—debes seguir la estrella de la lámpara del Santuario, la cual te guiará hasta Jesús, síguela con frecuencia, y si en verdad eres excepcional, síguela a diario mediante a la Comunión asidua te atreverás a ser diferente, cosa que te permitirá vivir con valor.

Solo vivirás valerosamente si eres amante. Y lograrás de tu existencia una Divina Novela, si te atreves a ser diferente de todo el mundo que te rodea. Ese mundo es pagano, y tú cristiana; ese mundo es carnal y tú espiritual. El mundo vive solo para el tiempo, y tú has de vivir para la eternidad. Él es falso y embustero y tú has de estar enamorada de la verdad.

Debes tratar de ser lo más diferente que puedas de ese mundo pecaminoso y huir del pecado. Si él es codicioso, sensual y egocéntrico, tú has de ser teocéntrica. Si él está orgulloso de sí y se auto-admira, tú debes sentir sólo el orgullo de Dios y dedicarle tu admiración. Si él es alocado y olvidadizo y cada día se aleja más y más de Dios que lo creó, tú debes ser ordenada y recordar, conocer, amar, y servir al Dios que te hizo de la nada, y vivir como si estuvieras siempre en su presencia.

Atrévete a ser diferente a las mujeres y a las muchachas del mundo—esas mujeres a la moda—esclavas del "estilo", que en lugar de pensar "sienten" y "experimentan", que no hacen nada por principio, se dejan guiar y gobernar por la extravagancia, el capricho y la inclinación, y a lo mejor pueden incluso ser llamadas criaturas, pero jamás llegan a ser "caracteres". Nunca sigas sus hábitos; vive con los que tú te crees y lograrás esculpir en ti misma esa cosa tan rara en la civilización moderna, que es una mujer con su carácter propio. Atrévete a ser diferente de las demás y piensa. La emoción sola nunca podrá llevarte hasta Dios y tú tienes la obligación de llegar hasta Él.

Atrévete a ser distinta de estas "chicas modernas", absorbidas totalmente por la comida y los hombres, que se consideran en el mejor de los mundos si visten bien y tienen con quien salir a cenar y a bailar. Se diferente de esas mujeres que malgastan horas e incluso días enteros en el cuidado de sus manos, su pelo, su rostro, su cuerpo. Sé diferente a esas mujeres artificiosas, estilizadas y adoradoras de su cuerpo, que te rodean. Conservan las graciosas líneas de juventud gracias unos ayunos formidables—como ni siquiera los hacemos los trapenses—a los que llaman "dietas de la salud"; pero si se les habla de los ayunos y

abstinencias cuaresmales dicen desdeñosas: "¡Bah, no hay que ser como en la Edad Media! ¡Ya podía la Iglesia modernizarse un poco!"

¡Qué crimen es todo eso!... Si la Iglesia les pudiera sufrir por sus pecados lo que sufren por sus cuerpos, no vacilarían en apostatar. Fíjate en las horas de agonía que soportan en las manos del estilista o bajo el secador para llevar el pelo bien teñido y con una buena "permanente". En cambio, les parecen demasiados diez minutos para teñir su alma de pureza y adquirir la gracias santificante "permanente"…

No vayas a pensar por esto que soy enemigo de todos los cosméticos. No solo no lo soy, sino que creo que ayudan y que muchas mujeres los necesitan. Mi intención es solo recordarte la existencia de una "crema limpiadora" para el alma llamada Confesión. ¡Úsala! Recuerda también ciertos polvos apropiados para la naturaleza de tu alma: la abnegación. ¡Úsalos!

Hay igualmente un rojo que mejorará el color de tu alma, haciéndola realmente hermosa. Este maravilloso rojo procede de la sangre de Cristo y puedes encontrarlo en la Comunión. ¡Úsalo a diario!

Estos son los cosméticos que te recomiendo. Esos son los "compactos" que has de tener siempre a la mano. Su utilización te hará diferente de las mujeres del día en cuanto pienses que con ese "maquillaje" del alma agradarás más a los ojos de Dios mucho más de lo que puedas agradar a los de los hombres con el "maquillaje" de la cara.

MUJERES QUE ASPIRARON A SER DIFERENTES

Nuestro mundo, descarriado de Dios, necesita de mujeres diferentes de las que lo llevan. Necesita mujeres de carácter, no esclavas de la moda. Ibsen dijo: "Las mujeres resolverán los problemas de la Humanidad", añadiendo seguidamente: "Pero solo en la medida en que sepan ser buenas madres". Yo voy mucho más lejos y afirmo: "LAS MUJERES SALVARÁN AL MUNDO, pero sólo si son realmente católicas, es decir: "mujeres que amen a Cristo y vivan conforme a su Doctrina." Mujeres en quienes los actos hablen con mayor elocuencia que las palabras. Que hayan oído la voz de Cristo diciéndoles: "Si me amáis cumplid mis Mandamientos", le demuestren su amor obedeciéndole.

Esta es la clase de mujeres que el mundo necesita. Mujeres conscientes de su dignidad y de sus deberes, capaces de vivir para ellos. Mujeres que se reconozcan así mismas como los instrumentos especialmente elegidos por Dios para producir los futuros habitantes del cielo. Mujeres que, estremecidas por esa dignidad y esos deberes, establezcan un doble nivel de moralidad. Una clase de mujeres como las de Galahad, que, a pesar de su pureza angélica tengan aliento para subir más todavía hasta encontrar las condiciones de la mujer fuerte que el Catolicismo moderno requiere. Mujeres que no consideren el matrimonio como un camino de seguridad sino de santidad. Mujeres que, conscientes de que el lazo conyugal no se establece sólo para el mutuo deleite, sino para la mutua santificación, lo respeten como un gran Sacramento de Dios y una pétrea escalera por la que ascender al Cielo.

El mundo moderno sueña tener mujeres con cerebro, corazón y voluntad, capaces de ver la verdad y apreciarla en su justo valor. Mujeres que estimen más la gracia que el oro, más la Eternidad que el Tiempo y para las cuales el cuerpo sea un servidor del alma. Mujeres que sepan que la verdadera felicidad solo se encuentra en la santidad, pues la vida no se nos dio para el placer sino para vivirla en busca de Dios. Mujeres para quienes la tierra no sea un campo de juego sino, un campo de batalla.

El mundo desea mujeres que quieran amar intensamente y estén siempre dispuestas a sufrir y sacrificarse. Mujeres que miren tan valerosamente la guadaña de la Muerte como los niños ven la luz del día, renuncien gustosas a su esbelta figura juvenil para que otras almas puedan tomar forma carnal y sacrifiquen su vida—si es menester—para dar vida a otros seres. El mundo está ávido de mujeres absorbidas por Dios, que lo olviden todo y lo acepten todo por Él, sin pensar para nada en ellas mismas. El mundo clama por mujeres aptas para ser realmente **MADRES CATÓLICAS** y dirigir a sus hijos hacia Dios.

Este es el tipo de mujeres que los hombres quieren. Mujeres diferentes. Los hombres quieren mujeres apasionadas, posesivas, afanosas de “tener y sostener”; mujeres decididas que “tengan y sostengan” su elevada dignidad de colaboradoras de Dios y compañeras del varón, su altísimo nivel de moralidad sin depresiones, su honroso oficio de corredentoras de una Humanidad perdida; mujeres que “tengan y sostengan” su propio puesto jerárquico de conductoras del hombre extraviado hacia el Dios que les aguarda.

Si con ocasión de cualquier asunto misterioso se dice siempre: cherchez la femme, las mismas razones que hay para decirlo cuando se trata de un asunto de santidad. Nunca hubiéramos tenido un Agustín de no haber tenido una Mónica. Nunca un Bernardo sin su madre Alicia, y estoy casi seguro de que el mismo Juan, el Apóstol predilecto no hubiera permanecido al pie de la Cruz de Cristo sino llega a estar allí la Virgen Santísima. ¡Incluso nunca hubiéramos tenido el propio Jesucristo de no pronunciar su dulcísimo **Fiat** la Inmaculada Doncella de Nazareth! Hoy los hombres siguen necesitando a las mujeres, porque buscan con desesperación un camino que les arranque de este mundo sórdido, lascivo, pagano y embrutecedor que desafía a Dios a todas horas, y saben que solo las mujeres "diferentes" podrán guiarles hacia Él.

¡Los hombres saben bien que siempre son como niños! Desean "enmadrarse" y ese "enmadramiento" solo pueden satisfacerlo las mujeres de corazón amoroso, inteligencia clara y fuerte voluntad. Los hombres solo podrán ser salvados por mujeres apasionadas y posesivas "que deseen a su hombre", pero ante todo y sobre todo a su Hombre—Dios.

¡También Dios quiere mujeres diferentes!

Hace veinte siglos, cuando vivía su vida física, sus más valientes seguidores fueron mujeres "diferentes", Cristo quiere mujeres como su Madre, dispuestas a sufrir y a convertirse en co-salvadoras del género humano; mujeres como la Samaritana que; después de dar de beber a Cristo, comprendió que Él era el agua de la vida y así se lo explicó a los hombres de su tierra, proclamándole como el Mesías. Jesús quiere mujeres de fe vigorosa, como la de aquella que se acercó a Él "rozar el borde de sus vestiduras", lo cual bastó para que el Señor la curase, demostrando a los incrédulos ser en efecto el Médico Divino. Y más aún: necesita de mujeres como María Magdalena, que precisamente por haber amado mucho se le perdonaron muchos pecados; mujeres que por haber pecado mucho han de amar más ardientemente a quien les muestra los más hondos manantiales de la misericordia.

Hoy, Dios necesita muchas mujeres. Muchas "Martas" que le den hospedaje y muchas "Marías" que se sienten a sus pies. Necesita mujeres audaces como la Verónica, capaces de atravesarla masa de quienes se burlan de El para enjuagar con su velo el Divino Rostro manchado de sangre, sudor y los escupitajos del mundo.

Necesita mujeres como aquellas de Jerusalén, que lloraban acongojadas porque le estaban crucificando. Pero, sobre todo, necesita fieles y devotísimas como las "santas mujeres" que permanecieron al pie de la Cruz, recogieron su cuerpo preparándolo para enterrarlo y al amanecer lo llevaron al sepulcro, fragante de perfumes. A todas las que necesita ahora, las recompensará como a las de hace veinte siglos, apareciendo entre ellas glorioso y triunfante.

Dios, el mundo y los hombres, pues, quieren, necesitan y exigen mujeres que se atrevan a ser "diferentes" y a vivir arriesgándose; mujeres cuyos hechos hablen con más elocuencia que sus palabras, que hayan escuchado su "Si me amas" y demuestren su amor.

Que guarden los Diez Mandamientos y los seis Preceptos, que frecuenten el Santo Sacrificio y los Dos Sacramentos; que conozcan el trabajo corporal y espiritual de la misericordia y lo lleven a cabo sin miedo; que hagan continuamente cosas por su prójimo, sabiendo que "cualquier cosa que hagas por la más insignificante de mis criaturas, la haces por Mí"; mujeres, en fin, cuyas vidas pueden resumirse en esta palabra: AMOR.

Es decir: que amen a Dios con todo el corazón, toda la inteligencia, toda la voluntad y toda la fuerza, y por ese amor a Dios, amen a su prójimo como a sí mismas.

Muchas mujeres lo hacen así y viven conforme a los designios de Dios. Muchas mujeres están haciendo de sus vidas una Novela Divina. ¿No querrás tu ser una de ellas?

HAZLO, Y YO TE PROMETO EL CIELO. HAZLO, Y EL CIELO EMPEZARÁ PARA TI EN LA TIERRA

Sí: hazlo, y yo te prometo el Cielo. Ya sé que dirás:

¿A qué hablarme del Cielo cuando estoy en la tierra? ¿Para qué hablar de "la otra vida" cuando uno está viviendo en esta? Cuando usted decía que la Vida es una Divina Novela, yo pensé que me hablaba de la vida terrenal.

La vida es una Divina Novela. Pero fíjate que yo no he dicho "esta" ni la "otra" vida. Digo sencillamente la vida, pues en la unidad no cabe división. Ni puede haber un ser humano sin un alma y un cuerpo, como

no puede haber un árbol sin un tronco y sin ramas, un drama sin último acto, una vida real sin Eternidad. Lo que llamas la “otra” vida no es algo nuevo ni distinto de la vida, sino su peripecia máxima, su punto culminante, el ápice de su desarrollo. Lo que llamas el Juicio final, tan solo es el “último renglón”.

¿Has leído alguna novela que termine con la muerte total? No, y jamás la leerás. Lo mismo pasa con nuestra Divina Novela: no termina con la muerte. Tiene que ser así, pues la vida es una unidad, un continuo fluir. Comienza con el nacimiento, cambia bruscamente a la muerte; pero sigue fluyendo. Esa es precisamente, la unidad que constituye la Divina Novela. Por tanto debo hablarte del Cielo si quieres conocer su “Último capítulo”. Debo hablarte del Cielo como del hogar de los Amantes Inmortales, que sois Dios y tú.

¿Pero qué puedo decirte del Cielo? Pablo estuvo en él y regresó sin habla. Todo cuanto se atrevió a decir fue: “Los ojos no han visto nada, ni los oídos han oído nada, ni el corazón del hombre ha concebido jamás las cosas que Dios tiene preparadas para quienes le aman”.

El jesuita ciego Robert Kane, hombre de imaginación excepcionalmente fértil y de expresión exquisita, no obstante su genio descriptivo, solo pudo decir del Cielo: “¡Es un sueño! ¡Es un sueño!”.

Toma el momento más feliz de tu existencia, mejóralo infinitamente, prolóngalo infinitamente y suéñalo durante toda una eternidad Con ello solo tendrás una vaga idea de lo que es el Cielo, diez millones de veces mejor que ese sueño, sin ser un sueño. ¿Cómo podría explicártelo mi corta inteligencia? Quizá diciéndote no más esto: el Cielo es permanencia, es posesión y es paz. En la tierra necesitamos tener, conservar y poseer firmemente las cosas para poder llamarlas absolutamente nuestras. Analicemos el corazón humano, y en su fondo hallaremos la pasión de la posesión indiscutible, que es el más profundo afán del alma. Deseamos tener y conservar la juventud, la salud, la posición social, la sabiduría, los amigos, la fama y poder llamarlo nuestro, absolutamente nuestro, bien se trate de dinero o de conocimientos, de una casa o de un hombre. Esa es nuestra máxima ambición, y la más amarga pena de nuestra vida es que nunca podemos conseguirlo. En efecto, son muy pocas las cosas que logramos tener y conservar, pues el placer es efímero; el dinero, inestable; los amigos, desleales; la fama y la fortuna, veleidosas. Pero aunque pudiésemos tenerlos y conservarlos, siempre leeríamos esta cláusula final: “Hasta que la muerte nos separe

de ellos". Porque incluso la más íntima y perfecta de las posesiones— la de un cónyuge por el otro en el matrimonio— sabemos que no puede ser permanente, pues el contrato matrimonial se termina siempre con esa cláusula: "Hasta que la muerte los separe". Es decir, de este lado de la sepultura no es posible satisfacer nuestro más ardiente deseo. Del otro lado, en cambio, todo es permanencia.

¡PERMANENCIA!... ¡Qué círculo el de este vocablo!... la felicidad es permanente. La paz es permanente. El amor es permanente… **¡PERMANENCIA!...** El conocimiento es permanente. Sí, la palabra es un círculo maravilloso, ajeno a esta tierra de destierro y de sombras mudables, a este tiempo de perpetuos flujos y reflujos. **¡PERMANENCIA!...** Ni cambio ni inestabilidad: continua, inacabable, eterna permanencia. Extraños a una tierra extraña desde nuestra verdadera patria.

Al contemplar los ojos de un niño, la sensación de inocencia invade nuestra alma y nos hace tomar su cabecita en nuestras manos y exclamar con desesperación incomprensible para sus oídos: "¡Si pudieras ser siempre como ahora!". Al admirar la juventud fresca, incólume, intensa, vibrante de los adolescentes pensamos: "¡Si siempre pudieran ser así!... Viendo a las personas mayores, que han superado las ambiciones de los años juveniles y viven una admirable y dorada madurez dentro de una atmósfera de serenidad que aureola sus días, decimos también: "¡Si siempre pudieran ser así!... Pero sabemos que nuestros deseos son inútiles y nuestras plegarias vanas, pues nada es permanente en este mundo. Los días áureos tienen sus noches y las noches de éxtasis sus alboradas.

Todos tuvimos nuestros momentos, que no fueron más que eso—momentos—imposibles de sostener y conservar.

¡El lado de acá de la sepultura no es permanencia!

Mas, pensemos en el Cielo. Allí no hay penas, preocupaciones, temores o motivos de enojo. No hay despedidas, disgustos, enfermedades o muerte. No hay falsía ni veleidades. No hay fracaso ni pecado. ¡Y eso eternamente!... No puede asombrarnos que san Pablo se quedara sin habla y que el P. Kane dijera: "¡Es como un sueño!" Vida real, existencia real, amor real… ¡Y Dios!

Piensa en el cielo, hija mía… pureza, belleza, verdad, virtud, alegría, santidad, gloria… ¡Y Dios! ¡Y todo para siempre!... Sí; es un sueño. Un

sueño celestial. Si deseas felicidad y júbilo eternos es que aspiras al Cielo. Si deseas tenerlos y conservarlos es que anhelas el Cielo.

¿Qué puedo decirte yo del Cielo? El nombre puede escribir lo más positivo solo mediante una serie de negaciones. Las palabras son impotentes y las imaginaciones estériles. Alguien habrá intentado explicarte la hermosura y la musicalidad del Cielo, y lo habrán conseguido parcialmente, dándole una idea de lo que son la luz y la armonía celestiales. Pero tú debes imaginártelo como algo mucho más excelso todavía, capaz de satisfacer no solo a los sentidos, sino también al alma.

La vida que anhelas y el amor que apeteces son la vida y el amor del alma; la satisfacción que buscas—la del pensamiento—el corazón y la voluntad— solamente podrás hallarla en el Cielo.

¡Cuántas pequeñas verdades absolutas hay en el lado de acá de la sepultura! Examinemos las ciencias. Si dejamos a un lado las teorías, hipótesis y conjeturas, y separamos los sistemas elaborados por el hombre de los principios fundamentales y absolutamente ciertos, apenas llenaríamos un dedal de la Verdad Absoluta. Tenemos las artes, contemos los cánones aceptados universalmente y las normas que no puedan alterarse por su indiscutible certeza, nos encontramos que no llegan a diez. Un solo átomo de verdad absoluta estremece a nuestras almas. Pero en el Cielo tendremos absolutamente toda la absoluta Verdad.

En el Cielo tendremos absolutamente todo el Absoluto Amor. El Cielo no el país de la veleidad o de la deslealtad, sino el país del Absoluto Amor. Allí nunca nos abandonará nuestra madre ni nuestro padre se hará viejo; nuestros hermanos y hermanas estarán siempre con nosotros, y la amistad jamás conocerá eclipse ni tibiezas. La mente, el corazón y la voluntad se sentirán satisfechos, y el alma gozará de una paz absoluta. Todo esto y mucho más en el Cielo.

¡El Cielo es Dios! El Cielo es conocer a Dios. Nuestro Señor dijo: “Solo en la eterna vida podréis conocer al único Dios verdadero y a Aquel a quien envió para salvarnos”.

¿Sabes lo que significa conocer a Dios? Conocer una cosa es tenerla y conservarla. Tú, por ejemplo, conoces tu nombre y nada ni nadie pueden quitarte ese conocimiento. Lo tienes, lo conservas, es una parte de ti y así lo será siempre, mientras vivas. Cuando conozcas de igual manera a Dios, tendrás el Cielo. Cuando Dios—que es todo el amor y toda la vida—te haya absorbido, estarás en el Cielo. Absorbida en Dios, por Dios y con

Dios… esa es la Vida real, ese es el Amor real. Eso es el Cielo. Pero el Cielo—no lo olvides— empieza en la tierra.

EL CIELO EMPIEZA EN LA TIERRA

Como el Cielo empieza en la tierra, tú DEBES comenzar tu cielo en ella. Debes adquirir la conciencia de Dios, entregarte a Dios y saturarte de Dios en este lado de la sepultura si tratas de ir a Él en el otro. Solo el Cielo es el clima apropiado para el último capítulo de tu Divina Novela, y a alcanzarlo debes dedicar tu vida entera. Tu Cielo empezará en la tierra en cuanto te empapes de la Gracia, que es como el primer rayo de luz en la sombra de la noche, que acabará por convertirse en el Mediodía de la gloria de Dios. Para empaparte en la Gracia te bastará con desearlo vehementemente, pues Dios es tu Amante.

Solo una cosa nos es absolutamente necesaria. No es la luz, el aire o el calor, pues aunque sin ellos no podríamos vivir, no nos son absolutamente necesarios. De lo que ni tú ni yo podemos prescindir es de la gracia, sin la cual moriríamos eternamente. Tú no necesitas riquezas ni poder ni hambres; ni siquiera necesitas el pan, el aire y el agua. Lo único que en este vasto mundo puede conducirte a Dios es la Gracia. Y—no me cansaré de repetirlo—tú puedes empaparte en la Gracia si en verdad lo deseas.

En su desierto de Santa Elena, alguien preguntó a Napoleón cuál había sido el día más feliz de su vida. El "pequeño subteniente" mirando a través de las aguas del Océano, evocando sus días triunfales, que quizá ningún otro hombre haya tenido en la Historia. Escuchó el clamor de las aclamaciones que acogían su presencia. Recordó los ojos de los viejos soldados llenos de admiración y de fidelidad. En su corazón de capitán resonaron las trompetas que cantan las victorias militares…

El éxito, el poder, el amor, la gloria y el delirio del triunfo se le habían sometido durante años y años. Pero dándolos de lado, se volvió a sus interlocutores y respondió sencillamente: "El día más feliz de toda mi vida fue el de mi primera comunión".

Tenía razón el césar corso. El día más dichoso de su vida—y el de todas las vidas—es ese día santo en que por primera vez recibimos a Dios en nuestro corazón. Ese día es el más celestial que el hombre puede vivir en el lado de acá del sepulcro.

¿Ves con cuánta facilidad ha hecho Dios que el cielo empiece en la tierra? ¡Podemos acercarnos a Él y recibirle!

¡La Gracia! ¡La Gracia! Esto es todo cuanto necesitamos para empezar el Cielo en la tierra. Y la Gracia es nuestra en cuanto la solicitamos. La podemos alcanzar con la oración y con la misa. Pero el camino más seguro es el de los Sacramentos, que son verdaderos canales de la Divina Gracia y el mayor de los dones hechos por Dios al hombre.

¡Oh, la insensatez de los frívolos que miran la religión, como si pudieran mirar sus vestidos de noche; es decir, como algo que se pone para lucirlo!… Pero la Religión no es algo accesorio en la vida. La religión es Vida. La Religión nos une a Dios, y esta unión es la sola razón de vivir que tenemos. Por eso la verdadera vida de todos los vivientes estriba en ser religiosos. Cuando uno se siente dirigido y absorbido por Dios, la religión deja de ser el asunto negativo que a tantos les parece. La verdadera religión es mucho más que evitar los pecados. Ser religioso no consiste solo en no violar los Diez Mandamientos. La verdadera religión es algo mucho más fuerte y más activo: es—y deber ser siempre—hacer las cosas más grandes, más buenas y más nobles; pero hacerlas por Dios. La verdadera religión es asirse a Dios del modo más firme, más seguro y más íntimo, que, en este lado de la sepultura, es la Sagrada Comunión. Este es el sacramento que nos concede el Cielo en la tierra. Si tú quieres empezar a gozar desde ahora de la Gloria….

DALE TU CORAZÓN

¿No te lo ha pedido con insistencia Jesucristo? Sí. Te lo pidió diciéndote: “Hija mía, dame tu corazón” Yo también te pido ahora que **SE LO ENTREGUES.** Dáselo todo entero por el procedimiento de la comunión, diaria, a ser posible.

¡Entrégaselo y te sentirás feliz! Él te lo devolverá profundamente cambiado, lleno de Fe, de Esperanza y de Amor; lleno del fuego de la verdadera caridad. Entrégaselo y Él te lo devolverá tan fuerte, “que el infierno no podrá prevalecer contra ti”; tan puro, que los ángeles te cubrirán con sus alas; tan amante, que el Espíritu Santo volará muy cerca de él hasta que Dios Padre pueda decir: “Esta es mi hija bien amada, de la que estoy muy satisfecho”. Entrégaselo y Él te lo devolverá dotado de una invencible resistencia, impermeable al mundo, al demonio y la carne; invulnerable a las tentaciones y al pecado. Entrégaselo y Él te lo

devolverá cerrado para todo cuanto no sean virtudes, Bondad, Gracia y Dios. ¡Entrégaselo y tu Cielo habrá comenzado en esta tierra!

¡Dale a Dios tu corazón, que **NECESITA** transformarse!

Necesita cambiar totalmente, pues se encuentra anémico. Sí; a pesar de tus glóbulos rojos, te aseguro que estás anémica, muy anémica. Para vivir tu Divina Novela, para atreverte a ser diferente, para satisfacer la necesidad de Dios, del nombre y del mundo; para estar dispuesta a todo, como Gertrudis; para no ser como Nona, necesitas divina hemoglobina. Necesitas recibir la rica, roja, caliente, pura, noble y valerosa Sangre Divina en tu alma. Las inyecciones no te servirán para nada, pues lo que tú necesitas es una transfusión de Sangre que solo puede realizarse al pie del altar. El Cáliz está rebosante de esa preciosa Sangre y tú no tienes que hacer otra cosa que llevarlo hasta tus labios.

¡Hazlo! ¡Hazlo divinamente, y tu Cielo habrá comenzado en esta tierra!

No creas que estoy fantaseando. Te estoy diciendo la verdad. ¡Inténtalo y verás! Conviértete en una mujer consciente de Dios, temerosa de Dios y disfrutarás del sosiego que el mundo no puede darte; te sentirás feliz hasta el final; tendrás la mente tranquila, el corazón alegre, el espíritu en paz, en una paz que será como un preludio de la inmensa paz del Cielo.

La Eucaristía significa la Gracia, la Gracia que te llevará a Dios y Dios es la Gloria Eterna.

****

Decías que deseabas la **VIDA** y el **AMOR.** Lo creo. Y como sé lo que quiere decir la vehemencia de tu alma, te digo: ¡Tómalos!

¡Toma la **VIDA** y el **AMOR**! **¡TOMA A DIOS!**

Sí, ¡TOMA A DIOS! Él es el Amor y la Vida. ¡Abrázate a su Corazón y la última línea de tu Divina Novela habrá quedado escrita! No será el tópico “desde entonces vivieron felices” de los cuentos, aunque tal vez, signifique lo mismo. La última línea de tu novela será: “¡Ven, que bendecida por mi Padre vas a entrar en la posesión del reino preparado para ti desde la creación del mundo!”

Si todo ello no constituyera el clímax de una verdadera novela, será que las palabras habrán perdido su sentido literal y que la vida no era Vida, ni el amor, Amor, ni Dios es Dios, Amor y Vida, y por eso, **LA VIDA ES UNA DIVINA NOVELA.**

E P Í L O G O

Pido a Dios, querida lectora, que algún día tú y yo podamos reunirnos en ese lugar donde no se vuelve y en el que disfrutaremos de Vida, Amor y Dios. Pido que nos encontremos en el Corazón de Aquel que te dijo: "Hija mía, dame tu corazón".

Suplico que nos encontremos en el Cielo, después de haber vivido nuestras vidas tan hermosamente como Él las planeó desde el principio. Es decir, que hayamos hecho de ellas unas divinas novelas.

¿Pedirás tú lo mismo? Puedes hacerlo fácilmente. Dios lo ha hecho no solo posible, sino fácil, si frecuentamos la Sagrada Comunión, que nos permitirá a ambos seguir unos caminos ciertamente distintos, pero en los cuales las últimas líneas de nuestras novelas coincidirán con la invitación formulada por el Ángel de la Muerte—Jesucristo—que nos dirá con inmensa dulzura: "¡Ven, amado mío!", para llevarnos entre sus brazos amorosos ***A LA ETERNIDAD.***

ÍNDICE